

COMISION NACIONAL

DEL

Centenario de Juárez.

DELEGACION DE NUEVO LEON.

PROGRAMA

de carácter general que propone la Delegación para celebrar el Centenario en los diversos Municipios del Estado

- y -

Composiciones literarias escritas como contingente para dicha celebración.

1806.

Monterrey.

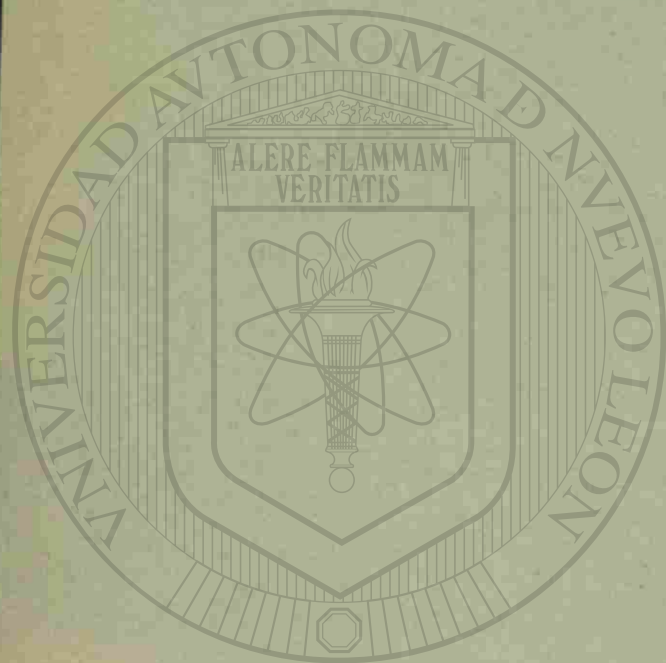
1906.



23
06
The Book of the
City of Dreadful
Night



1020108104



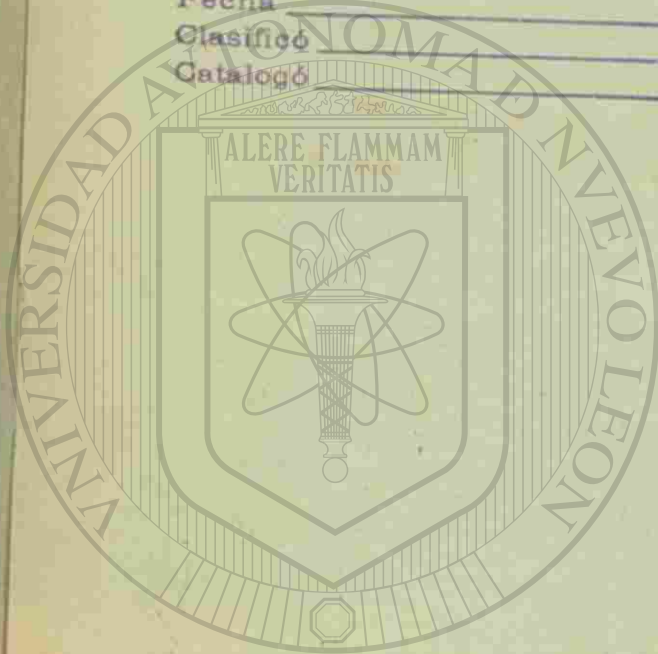
U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

6 E

Núm. Clas _____
 Núm. Autor _____
 Núm. Adg. _____
 Procedencia _____
 Precio _____
 Fecha _____
 Clasificación _____
 Catálogo _____



COMISION NACIONAL

DEL CENTENARIO

DE



Juárez.



PROGRAMA

de carácter general que propone la Comisión
 para la celebración del Centenario
 en los diversos Municipios del Estado.

- y -

Composiciones literarias escritas
 como contingente para dicha celebración.



Capilla Alfonsina
 Biblioteca Universitaria

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"

Enero 20 de 1906.



16217

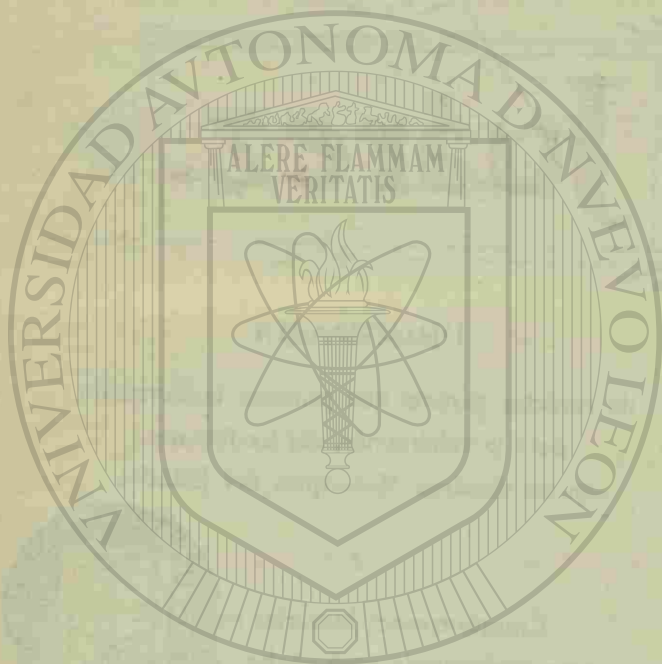
49868

F1233

58

C6

1900



FONDO NUEVO LEÓN



LA Delegación Nuevoleonesa de la Comisión Nacional, organizada para la celebración del Centenario del natalicio del ilustre Ciudadano Mexicano Lic. Benito Juárez, contando con el acuerdo del Supremo Gobierno del Estado y con el del General en Jefe de la 3^a Zona Militar en la parte que le corresponde, ha formulado un programa de carácter general susceptible de ampliaciones, para que en todos los pueblos de Nuevo León, por pocos que sean sus recursos, se verifique del modo más decoroso la festividad que se prepara, para rendir tributo de gratitud al esclarecido Presidente de la República, que heroico salvó sus Instituciones, su Honor y su Independencia.

El relacionado Programa es el siguiente:

I. Los Comités de cada localidad de acuerdo con la Autoridad Municipal y Jefe de Armas, donde lo hubiere, invitarán al vecindario para que el 21 de Marzo se suspenda todo tra-

bajo en escuelas, talleres, oficinas etc., etc. y para que se adornen las fachadas de casas particulares, cuarteles y edificios públicos.

II. Se dispondrá izar al amanecer el pabellón Nacional en todos los edificios públicos, saludando á la enseña patria, según los elementos de que se disponga en cada localidad, con las muestras usuales de regocijo, tales como repiques, salvas, dianas, vítores, etc., etc.

Con iguales demostraciones se arriará la bandera al oscurecer.

III. En los lugares donde se tenga que honrar alguna calle, plaza, edificio etc. con el nombre de "Juárez," el Ayuntamiento y el Comité respectivos, con el mejor acompañamiento, ocurrirán á la hora de la mañana que se cite, á las Casas Consistoriales, para de allí dirigirse á donde en presencia de la comitiva se fije la placa con el ilustre nombre del patricio.

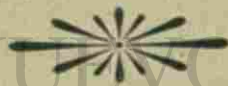
IV. En la tarde, á la hora que se juzgue apropiada, se reunirán en un lugar dado, presididas por el Ayuntamiento y el Comité correspondiente, las Corporaciones, gremios, personal de Escuelas Oficiales, el vecindario en general y fuerza armada, para con banderas y músicas, marchar en procesión cívica por las calles principales, ya para volver al punto de partida ó ya para ir á otro en que después de la manifestación deberá disolverse la comitiva, y en cuyo lugar, habrá la ornamentación correspondiente y retrato del ilustre mexicano Benito Juárez, ante el que se dirigirán por los oradores 1.º discursos, 2.º composiciones poé-

ticas, 3.º lectura de Biografía y 4.º himno á Juárez cantado por los niños de las Escuelas, intermediados esos actos por piezas apropiadas de música si se contare con ella.

V. Por la noche se dispondrá que haya serenatas, iluminaciones, fuegos artificiales etc. en la plaza ó plazas que se juzgue conveniente.

VI. Los Comités de acuerdo con los Ayuntamientos podrán ampliar este Programa en lo que crean conveniente, según los recursos de que disponga la localidad; pero es de recomendarse que no se omita ninguno de los cinco números anteriores.

Monterrey, Enero 12 de 1906.—El Presidente de la Delegación de Nuevo León, *Manuel Rincero*.—*C. Junco de la Vega*, Secretario.



SECRETARIA

"ALFONSO REYES"

Edn. 1625 MONTERREY, MEXICO

RELACION de los lugares de que se tiene conocimiento que van à ser honrados con el nombre del Benemérito de la Patria, BENITO JUÁREZ, en varios Municipios del Estado.

Agualeguas.—La plaza principal.

Allende.—La plaza principal y una calle.

China.—La plaza principal.

Dr. González.—La plaza principal.

General Bravo.—La plaza principal.

García.—Las escuelas oficiales y el teatro anexo.

Hualahuises.—La plaza principal.

Monterrey.—Un monumento al patricio, y dos casas en que habitó, á las cuales se les pondrán las placas correspondientes.

Santa Catarina.—Una casa en que se alojó Juárez, y en la cual igualmente se colocará una placa.

San Nicolás de los Garzas.—Una plaza.

Pueblos donde ya existen lugares con el nombre de Juárez, y en los cuales se colocarán placas conmemorativas.

Apodaca.—La plaza principal y una calle.

Aramberri.—La escuela de niños y una calle.

Bustamante.—Una plaza.

Carmen.—La plaza y una escuela.

Cerralvo.—La plaza principal, una calle y un puente.

Cadereita.—Una calle.

Colombia.—Una calle.

China.—Una calle.

Dr. Arroyo.—Una avenida.

Galeana.—La plaza principal.

Garza García.—Una calle.

Guadalupe.—Una plaza.

Iturbide.—La plaza principal.

Lampazos.—Una calle y un colegio.

Linares.—Una plaza y una de las secciones de la población.

Los Herreras.—La plaza y una calle.
 Monterrey.—Un puente, un hotel, un colegio y un teatro.
 Mier y Noriega.—Una calle.
 Mina.—Una calle.
 Montemorelos.—Una calle, una plaza, una demarcación y un colegio.
 Parás.—Una calle.
 Pesquería Chica.—Una plaza y una calle.
 Sabinas Hidalgo.—Una calle y un hotel.
 Salinas Victoria.—Una plaza.
 San Nicolás Hidalgo.—La plaza y las escuelas oficiales.
 Santa Catarina.—Una calle.
 Santiago.—Una escuela, una calle y un puente.
 Villaldama.—La plaza principal y una calle.
 Vallecillo.—Una calle.
 Zaragoza.—Una calle.

COMPOSICIONES LITERARIAS

escritas como contingente para la celebración

del

Centenario de Juárez.

PRIMERA PARTE.

Discursos.

I

Señores:

En este aniversario glorioso, cuando un pueblo entero se conmueve al recuerdo de una fecha, para siempre memorable en nuestra historia, que encarna la epopeya sublime de nuestra segunda independencia, y la conquista de los sagrados principios de nuestras instituciones democráticas; y al recordar al grande hombre, al Benemérito de América, al inmortal Benito Juárez, siento, como todo mexicano, que acuden en tropel los legendarios hechos que forman la trama brillante de una

UNIVERSIDAD DE NUEVO LÓN
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"
 1 de 1625 MONTERREY, N.M.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"
 1 de 1625 MONTERREY, N.M.

Los Herreras.—La plaza y una calle.
 Monterrey.—Un puente, un hotel, un colegio y un teatro.
 Mier y Noriega.—Una calle.
 Mina.—Una calle.
 Montemorelos.—Una calle, una plaza, una demarcación y un colegio.
 Parás.—Una calle.
 Pesquería Chica.—Una plaza y una calle.
 Sabinas Hidalgo.—Una calle y un hotel.
 Salinas Victoria.—Una plaza.
 San Nicolás Hidalgo.—La plaza y las escuelas oficiales.
 Santa Catarina.—Una calle.
 Santiago.—Una escuela, una calle y un puente.
 Villaldama.—La plaza principal y una calle.
 Vallecillo.—Una calle.
 Zaragoza.—Una calle.

COMPOSICIONES LITERARIAS

escritas como contingente para la celebración

del

Centenario de Juárez.

PRIMERA PARTE.

Discursos.

I

Señores:

En este aniversario glorioso, cuando un pueblo entero se conmueve al recuerdo de una fecha, para siempre memorable en nuestra historia, que encarna la epopeya sublime de nuestra segunda independencia, y la conquista de los sagrados principios de nuestras instituciones democráticas; y al recordar al grande hombre, al Benemérito de América, al inmortal Benito Juárez, siento, como todo mexicano, que acuden en tropel los legendarios hechos que forman la trama brillante de una

UNIVERSIDAD DE NUEVO LÓN
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"
 1 de 1625 MONTERREY, N.M.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"
 1 de 1625 MONTERREY, N.M.

época famosa en los anales de nuestra hermosa patria, y que se desborda el sentimiento, como deseoso de hallar la forma propia en que concretarse, para poder elevar un canto digno del héroe de la Intervención y la Reforma.

Si así fuere, si pudiera seguir la inspiración que enciende el pensamiento de los poetas y que hace vibrar las palabras del orador culto y entusiasta, yo diría con ellos en ardientes frases, todo el amor que conserva la patria para el grande hombre, y toda la admiración que tiene por sus heroicos hechos, rindiéndole el homenaje que merece; pero de todo carezco, y por lo mismo, me limito á expresar en mis conceptos rudos, si bien entusiastas, todo el afecto que el mexicano, cuyo nombre me honro en llevar, tiene por aquel humilde y bendito indio de *Guelatao*, en cuyos sublimes ideales se inspiró la pléyade de héroes que nos dieron nuestra liberal constitución y democrática reforma, y en cuyo genio y patriotismo, se cristalizó nuestra heroica lucha contra la Reacción conservadora y el Segundo Imperio.

Sin aquel hombre magnánimo, sin aquel patriota eximio, sin aquel enérgico adalid de nuestras libertades, tal vez éstas no existirían, y tal vez obedeceríamos ahora al retrógrado partido que fué á traer al extranjero un irrisorio monarca, ó seguiríamos humildemente el carro del poderoso conquistador, dejando hundir en el más profundo de los abismos, la grande obra realizada á costa de cruentos sacrificios, por nuestros libertadores Hidal-

go y Morelos, Guerrero, Matamoros y los Bravo; tal vez aun obligados á dejar nuestro nombre, nuestro idioma, nuestras costumbres, y nuestras leyes, recordariámos con tristeza los legendarios hechos de nuestros padres, sin atrevernos á pronunciar sus gloriosos nombres, temerosos de que el tirano, ó el conquistador extranjero, cercenara la garganta para extinguirlos en ella antes que hicieran vibrar el aire en derredor suyo.

Pero, por fortuna nuestra y para gloria de la nación mexicana, hace cien años que vino al mundo en un humilde pueblo de Oaxaca, el que había de ser, á mediados de la pasada centuria, el apóstol de la *buena nueva*, el intransigente defensor de nuestra *Carta Magna*, y de nuestras públicas libertades, y con esto el adalid de aquella lucha magnífica, en que sostuvo en sus manos el lábaro santo de la patria, para legarnos á la vez que nuestros libres hogares, el ejemplo de sus virtudes cívicas, que son como el catecismo patriótico nacional, en que debemos inspirarnos para ser buenos ciudadanos, y en que deben inspirarse nuestros hijos.

Se comprende así, que en este día glorioso, en que hace cien años alentó en San Pablo de Guelatao el genio que debía darnos patria y libertad, se conmemoren doce millones de mexicanos, y que al recuerdo de tan memorable suceso, se eleven coros de voces en honor de aquel que salvó á su pueblo del despotismo y depresión en que se hallaba, para hacerlo vi-

vir la vida de los pueblos libres; y se comprende que la gratitud y la admiración por todo lo que es noble y grande en el mundo, se despierten con estruendo, dando á conocer á todos los pueblos cultos, cómo celebra á sus héroes la nación mexicana, y cómo es digno, así, de ser libre y autónomo, un pueblo que glorifica de tal modo á sus grandes hombres.

Elevad, pues, conmigo, la voz, en loor del genio y del patriota, y acompañadme á glorificar al que consagró su vida y sus talentos, á defendernos de la opresión del extranjero; ayudadme á bendecir al que tuvo siempre en holocausto perpetuo su existencia por la patria, y ensalza conmigo á aquel apóstol heroico, cuyo nombre es en América, el símbolo de la libertad.

Bendigamos también, á la Providencia de la historia, que nos haya concedido la dicha de ver la luz de este glorioso centenario, en cuyo tiempo podemos considerar como concluida la obra de aquel libertador famoso, viendo á nuestra patria respetada y pacífica, encaminando todas sus energías al progreso.

Mexicanos: Glorificad conmigo á la Patria y al héroe que hoy celebramos. Repetid conmigo: Viva la República Mexicana! Viva el gran repúblico Benito Juárez!



II

Conciudadanos:

Hoy hace cien años que, en un apartado rincón de nuestra patria, vino al mundo el hombre sublime en quien más tarde habría de simbolizarse la más grandiosa y trascendental revolución que registra en sus anales nuestra historia.

¡Juárez! este nombre evoca para los mexicanos el recuerdo de una época gloriosa, apenas comparable á aquella que agitó en Francia las conciencias el 89 y como reguero de luz se esparció por toda Europa, á aquella época que fue el génesis de la libertad para los pueblos del mundo civilizado.

Y aún más, la gloriosa revolución mexicana que llamamos "La Reforma" no llegó nunca al delirio, á la arbitrariedad y á la locura á que los excesos de las masas y de un nuevo fanatismo orillaron la inmensa revolución francesa.

No surgieron de nuestra revolución nuevos privilegiados, y para amigos y enemigos los liberales mexicanos conquistaron la tolerancia y la libertad.

Esfuerzo grandioso y noble fué el de los primeros mexicanos al realizar la independencia; pero no en vano había estado la nueva España por tres siglos bajo el dominio de la nación más religiosa y conservadora de Europa; nuevos y grandes esfuerzos, nuevas y grandes luchas se necesitaban para desprendernos por completo de la vieja España, para abandonar el conjunto de prejuicios y preocupaciones que como enorme sedimento yacían en el fondo de nuestro ser social.

Y las reformas se iniciaron á raíz de lograda la independencia nacional, incompletas, tímidas y mal comprendidas al principio fueron fácilmente combatidas y ahogadas en sangre por las clases privilegiadas; pero en la lucha se educan los pueblos para la libertad, y cuarenta años de lucha apenas interrumpida fueron la escuela en que se formaron los hombres de la reforma, la atmósfera en que se nutrieron aquellos espíritus fuertes que luego habrían de echar abajo todo el edificio de privilegios, de fanatismo y de injusticia.

Ramírez, Lerdo, Degollado, Ogazón y una juventud numerosa, entusiasta, plétórica de ideales generosos, amante de la libertad hasta el fanatismo, casi, arrojaron el guante á la reacción, la combatieron valerosamente en la tribuna, en la prensa, en los campos de batalla y plantaron el estandarte de la democracia sobre las ruinas del régimen antiguo opresor y deprimente.

Y en medio de aquella pléyade de héroes

y abnegados mártires, en medio de aquella falange de caudillos valerosos, perseverantes y desinteresados, se destaca la gran figura de Juárez, el representante de la ley y del derecho del pueblo á gobernarse por sí mismo, el representante de la nación ansiosa de romper los viejos moldes en que para siempre querían tenerla encerrada los representantes del pasado.

Un conjunto feliz de circunstancias hizo que el principio de la revolución, inmutable, sereno y eterno como la verdad que servía de bandera á aquellos adalides, viniera á estar representado por aquel de todos ellos el más impasible, austero, sereno, inflexible y recto.

Por eso Juárez es para nosotros, más que un hombre, un principio, una época, una generación que en él se reasume y se condensa como se agrupan los astros en derredor de un núcleo que les sirve de centro.

Representa para nosotros el sublime esfuerzo de una fracción popular que se lanzó á una lucha homérica para conquistar la libertad para su patria entera, los fueros de la humanidad para una nación que tres siglos de dominación extraña habían casi muerto para la democracia y el progreso.

Y no importa que Juárez no haya sido el sólo en la imponente brega, no importa que á su lado lucharan filósofos, oradores y caudillos de inmensa talla, que un grupo de pueblo valiente y generoso conquistara con su sangre el triunfo de los ideales defendidos, no importa; ellos no establecieron separación ninguna

y cada uno marchó á la lucha en el lugar en que el azar ó la voluntad del pueblo los colocara, cumplieron con su deber viendo en aquel indio sublime el representante de la nación y de la causa santa de la libertad, se agruparon en redor suyo compactos y sumisos y con su ejemplo trazaron el camino que deben seguir las generaciones presentes y futuras.

La humanidad es una en su ser interior y cualquiera que sea la variedad inmensa de sus manifestaciones descúbrese siempre un principio único, una ley general que la inspira y que la guía, conscientemente á veces y en otras con toda la inconsciencia y fatalidad del instinto, pero con la maravillosa seguridad y adivinación de esos impulsos interiores de donde arrancan la vida y el progreso de los pueblos.

Y así como las ideas y los sentimientos se condensan y toman cuerpo en una ley, en una fórmula, en una palabra que les sirve de signo y los fija quitándoles la vaguedad de lo inesperado, del mismo modo los grandes acontecimientos en la marcha evolutiva de los pueblos se condensan y se simbolizan para darles valor y significación precisos en la personalidad de un hombre grande.

Juárez fué en su tiempo el hombre en quien se encarnaron las aspiraciones de un pueblo que luchaba por su regeneración política, económica y social: al lado suyo luchó y venció un grupo generoso y progresista; él recibió en sus manos la bandera de la ley, de la reforma y del progreso, y á su recuerdo irá invariable-

mente unido el de nuestra grandiosa revolución y el del gran partido liberal que la consumara.

Jamás una grande obra lo fue de un sólo hombre: pero el que hayan ido tras él una generación valiente y animosa y el apoyo y aprobación de un pueblo, en nada amengua su grandeza, la grandeza del funcionario que aceptó la misión de cabeza de su nación cuando el porvenir se presentaba oscuro y el calvario parecía como el único término natural de aquella horrenda lucha.

Y por su fé, su abnegación, su impasibilidad, su constancia y su estoicismo merece la admiración y el amor de las generaciones, el homenaje de los buenos y la apoteosis de que es objeto en estos momentos en toda la extensión de la patria que él honró con su virtud y con su esfuerzo.

Pablo Liras.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA
"ALFONSO REYES"
Inde 1425 MONTERREY, NUEVO LEÓN

III

Señores:

Nació como las águilas en un lugar solitario, allá sobre la tortuosa crestería de las montañas de Ixtlán. Las privaciones de su vida le enseñaron á comprender los hondos sufrimientos en que se debaten desesperadamente los desheredados de la fortuna; los rigores de los trabajos campestres templaron su espíritu, lo hicieron fuerte para soportar con altiva arrogancia los rudos sacudimientos del destino; la contemplación de la Naturaleza que ofrece sus encantos á todas las miradas le llevó á ser hermano de la democracia y á ver con odio profundo las insensatas distinciones de los hombres; y los ardores de su sol tropical, de un sol todo vigor y todo fuego, encendieron en su alma la vivificadora hoguera del amor que le infundió aliento, que le llenó de viril entereza para acometer empresas inauditas, ennobecedoras y justas.

Fué un predestinado luchador. Apareció á la vida en los mismos instantes en que experimentaba la patria los vagos sacudimientos precursores de su no lejana aparición entre las naciones libres, y niño aún debió estremecerse

de emoción al oír desde el apartado rincón de su cabaña, el eco atronador de los combates que anunciaba el paso triunfal de los revolucionarios de 1810, á cuya cabeza iba un venerable anciano, predicando, como otro Cristo, la hermosa nueva de la redención nacional.

Y ese movimiento glorioso cuyo feliz éxito fué logrado á costa de tanta sangre, vino á encender más vivamente en el espíritu de Juárez, el sacrosanto amor á la patria.

Por eso, cuando quebrantada ya la influencia del trono español la vió caer en brazos de las ambiciones políticas, juró salvarla aún á trueque de los mayores sacrificios.

“Y pues tengo energía de cuerpo y energía de alma: siento--pensó--correr por mis venas, como savia joven, la sangre de mis antepasados, que me repite á cada instante la voz de redención! emprenderé tremenda y firme lucha contra los enemigos del adelanto, hasta dejar limpia de obstáculos la senda del progreso.”

Así dijo, y se lanzó lleno de fé al campo de las revueltas intestinas y puso á prueba aquel su carácter de acero y aquella su altivez estoica que tantas veces le dió serenidad y rectitud en los amargos trances de su tormentosa carrera política.

Y en medio de aquel caos en que tremendas pasiones se hacían encarnizada lucha, en medio de aquel cataclismo en que movidos por bastardos propósitos aparecía mancomunado el elemento vil y corrompido del ejército con el clero rencoroso y falaz, cuando la ambición y

la discordia, en maridaje horrible sembraban por doquiera el espanto y la muerte, se destacó en toda su magnificencia la figura del gran patricio, se alzó, armado de toda su entereza, el sublime vengador de la patria, para romper aquel denso velo de tinieblas, para arrojar torrentes de luz sobre el fondo entenebrecido de las conciencias, para destruir, para edificar, para resolver en hermoso concierto aquellos elementos encontrados y heterogéneos que se revolvían furiosamente impelidos por el recio vendaval de las pasiones políticas.

Pero la facción liberticida no pudo resignarse á la derrota.

Y después que hubo recurrido á todos los medios, ensayado todos los recursos, apeló al mayor de los crímenes: entregó á la patria como vil mercadería á la ambición de un monarca extranjero.

Juárez tuvo entonces que redoblar sus esfuerzos, y al tomar enserpo aquella horrenda traición que trajo á México á un infortunado príncipe, encarnó el espíritu nacional y se mantuvo firme, austero, llevando consigo siempre el arca de las leyes, hasta que á su poder quedó abatida la exótica opresión y depositadas aquellas santas leyes en el altar sagrado de la patria.

Hoy, de aquella personalidad augusta, de aquel organismo vigoroso, de aquella alma entregada por entero al bienestar nacional, no queda más que el recuerdo.

Pero la Patria, que siempre ha glorificado ese recuerdo, consagra hoy, al que hace cien años apareció como las águilas allá en las cumbres de las montañas de Ixtlán, una apoteosis; sí, una apoteosis que es, señores, la manifestación más espléndida con que la gratitud de un pueblo puede celebrar la entrada de una alma grande á los sagrados dominios de la inmortalidad.

Fortunato Lozano.

IV.

Señores:

La historia de la humanidad está íntimamente ligada con la historia de los grandes caracteres, porque todo gran movimiento civilizador, toda conquista del progreso se ha visto siempre acaudillada por uno de esos hombres excepcionales que arrastran tras de sí a los pueblos y los encaminan por nuevos y más amplios derroteros hacia la realización de hermosos ideales.

Ellos encarnan el espíritu de una raza ó de una época, condensan las tendencias vagas y dispersas de inúmeros seres, recogen en su alma todas las tristezas, todos los dolores, y haciéndose eco de todas las protestas, y respondiendo á todos los lamentos, y erigiéndose en defensores de los derechos escarnecidos, se enfrentan con poderes que tienen el prestigio de la tradición, rompen barreras seculares, derriban instituciones vetustas y carcomidas, desafían con entereza los furios de las borrascas sociales y presiden los grandes movimientos que cambian los destinos de los pueblos.

Pero las grandes revoluciones, las revoluciones que salvan; las grandes causas, las causas que redimen, han tenido siempre humilde origen y humildes campeones: en un oscuro rincón de Judea apareció el Cristo predicando su doctrina que era consuelo y verdad; en las ignoradas montañas de Covadonga resonó prepotente el grito de redención lanzado por Pelayo; de pobrísima aldea partió aquella amazona inspirada, Juana de Arco, que devolvió su patria á los franceses; del humilde pueblo de Dolores brotó el resplandor bellísimo de la alborada de libertad; y de entre las salvajes serranías de Ixtlán surgió quien habría de brillar como un sol sin ocaso, sereno, magestuoso, en los horizontes de la historia nuestra.

La patria de Hidalgo, empobrecida por las contiendas fratricidas, llevando su conciencia cargada de sombras, agonizaba ya..... necesitaba un salvador; y en aquella época de envilecimiento y servidumbre, cuando sólo se respiraba opresión y violencia y se vivía en el vicio y la corrupción, entonces, el destino hace surgir de entre las oscuras masas populares, de entre aquella espantosa confusión de pasiones y de actos, á un hombre de fuerza superior, de voluntad inquebrantable, que haciendo á un lado todos los escrúpulos, fulminó á la tradición, atentó sacrilegamente contra aquel pasado funesto, vació sobre la tiniebla torrentes de luz y luchó, luchó cuerpo á cuerpo, sin tregua, sin descanso, sin reposo, contra aquel enemigo terrible que sorbía las riquezas y la

vida y que aplastaba las conciencias bajo el peso del dogma.

Sólo una alma de acero templada en el fuego de odios santos, purificadores, solo el alma inmensa del Gran Juárez pudo soportar tan tremendas responsabilidades. Y fué el núcleo que mantuvo la cohesión en aquel grupo glorioso de constituyentes, y después de la encarnizada brega, la nación entera vió cómo, el Gran Presidente, sobre los escombros de aquel derrumbamiento colosal, mantenía incólume, izado al tope, y sostenido por su diestra prepotente, el combatido pabellón de la República.

Mas la lucha no había terminado. La paz que siguiera á aquella vasta conmoción revolucionaria fué sólo una tregua, una paz engañosa, fué como una de esas terribles calmas precursoras de las tormentas del océano. Después el huracán exterminador se desató más tremendo que nunca. La facción liberticida, el partido conservador, destrozado en San Miguel de Calpulálpam, no podía resignarse á la humillación de la derrota, no quería renunciar á sus propósitos de ambición y despotismo, y en su desesperación sombría no se detuvo ante la infamia, no retrocedió ante la vergüenza y el oprobio, y cual nuevo Judas fué á entregar su patria en manos del extranjero codicioso.

Sobre la tierra, húmeda aún con la sangre derramada, correrían otra vez torrentes de sangre, los campos verían sus mieses incendiadas, los hogares quedarían desiertos, abando-

nados, el aire se inflammaría con el chocar furioso de los aceros y el cañón volvería á estremecerlo con sus descargas ensordecedoras.

En aquella hora suprema, cuando la tempestad se venía encima, cuando todo parecía conjurarse en su contra, cuando tres potencias lanzaban sus escuadras formidables sobre nuestros puertos amenazando barrer con su metralla nuestro suelo, los que habían permanecido fieles á la patria juraron morir por ella antes que vivir llevando sobre sus frentes el sello de la ignominia.

Juárez se alzó otra vez gigante, engrandeciéndose ante el peligro, y fué el alma de aquella lucha tenaz, el baluarte de aquella resistencia.

Los pueblos en sus tareas de agonía han debido siempre su salvación á un arranque de entusiasmo, á un esfuerzo desesperado. Juárez y la pléyade de entusiastas liberales que se agruparon en torno suyo provocaron ese entusiasmo, esa rebelión suprema; Juárez que era la personificación augusta de la legalidad y de la justicia, mantuvo, con su impasibilidad de roca, con su constancia y con su fé, el valor, la fé y la constancia de los heroicos defensores de la integridad nacional.

La independencia quedó asegurada bajo el gobierno de aquel hombre excepcional que había desplegado la poderosa energía de su voluntad de acero para conservarla.

Reformador de un régimen opresivo y retrógrado, y salvador de la patria, Juárez se

vergue sobre el pavés de su inmenso prestigio hasta tocar con su frente de apóstol el cielo de la inmortalidad.

Por eso hoy, en el centenario de su natalicio, la nación entera canta en su loor aleluyas entusiastas y repasa la historia de su vida que servirá de ejemplo edificante, y fecundo en patrióticas enseñanzas para las generaciones venideras.

Joel Rocha.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

V.

Concudadanos:

En los escarpados riscos de las montañas de Oaxaca, en humilde pueblo de indígenas, se meció hace un siglo, en cuna más humilde aún, el que había de ser el más firme apoyo de la República federal y de la democracia en México, conquistando por su entereza, la elevación de sus principios, la firmeza de sus convicciones, y su amor y su consagración á la libertad y á la patria, el puesto más distinguido en la brillante pléyade de luchadores de nuestra segunda Independencia y la Reforma, y el justo y honroso título de "Benemérito de América." Nació en la época de la dominación española, pero cuando comenzaban á generarse los fermentos y gérmenes de independencia, con los Hidalgo, los Morelos, los Guerrero y los Domínguez, y cuando la buena nueva, cuando el evangelio liberal y democrático de los derechos del hombre, proclamados en la Asamblea Constituyente de la nación francesa, se había extendido por todas partes, como una ola de fuego, consumiendo hasta en sus cimientos, el viejo edificio de la monarquía absoluta, y cuando la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA CENTRAL

"ALFONSO REYES"

nación que mejor encarna la democracia en el mundo, los Estados Unidos de América, tomaba el vuelo gigantesco que ahora admiramos.

Al hacer el destino que se meciera la cuna del gran patricio, en las quebraduras de enhiestas montañas, como se mece el nido de los pueuelos del águila en los altos riscos, parece que quiso significar con eso, que el ser nacido lejos de la corrompida sociedad política de aquel tiempo, respirando en su niñez y juventud el aire puro y libre de aquellas montañas, había de hundir su triple garra de su amor á la libertad, á la democracia y á la república, en el inveterado monstruo del despotismo monárquico y de las viejas preocupaciones bizantinas. No parece sino que el aliento y la savia de aquellos grandiosos principios de los hombres del 89 en Francia, que marcan el momento supremo de la historia de los tiempos modernos, y cuyo triunfo hizo esclamar al inmortal Goethe: "Hemos presenciado el nacimiento de una nueva era de la humanidad", Juárez fué para México el apóstol de aquellos principios, y el sumo revelador de la nueva era.

Educado en el seno de nuestro pueblo, cuyas miserias, dolores y sufrimientos, vió y experimentó él mismo; alimentado con el escaso pan rudamente arrebatado á la dura tierra, cuya entera explotación estaba en manos de conquistadores poderosos, tan dominados por la codicia como por el orgullo; nutrido con las enseñanzas de la propia desgracia, de la propia miseria y del propio desamparo; dotado de un

espíritu tranquilo, observador y generoso; habiendo presenciado durante su niñez, su adolescencia y su juventud, las crudas luchas por la Independencia, y los encarnizados combates de los partidos, pudo el gran repúblico, forjar en su alma de hierro aquellas firmes convicciones, aquella decisión inquebrantable, aquel amor á la justicia, aquel recto criterio, aquella consagración por la libertad, y aquellos sublimes y firmes propósitos por el bien del pueblo, que fueron en su madurez, el norte y guía de sus preclaros hechos, permitiéndole llevar con segura mano el estandarte de la libertad, de victoria en victoria, hasta su último y definitivo triunfo.

Su oposición al dictador Santa Anna; su arrimo al caudillo de Ayutla, el General Alvarez, su desagrado por las contemporizaciones de Comonfort; su apego al Código de 57 que representaba las aspiraciones nacionales; su presencia de ánimo en el golpe de estado, que significaba el triunfo de la cobardía y la traición; su entereza para sostener el vacilante edificio de las libertades públicas, amagado por todo el poder conservador conjurado en contra suya; su arrojo personal en Guadalajara y Veracruz; la expedición de las Leyes de Reforma, en los momentos en que parecía triunfante la reacción; su firmeza en la lucha, no sólo ya contra las propias y añejas preocupaciones nacionales interiores, sino también contra el extranjero espíritu de conquista y el cesarismo europeo; su moderación después del doble triu-

fo de Calpulálpam y Querétaro: toda la vida política del grande hombre, manifiesta claramente el temple elevado de un carácter de hierro, como si el genio mismo de la libertad, le hubiese forjado en el yunque de las vicisitudes políticas, para provecho y orgullo de su patria y admiración del mundo.

Juárez nació del pueblo, y vivió para el pueblo: esto constituye su vida y su gloria!

Como político, jamás desesperó de la salvación de la República y de la Patria, conservando siempre fé inquebrantable en esos grandes principios que son como el evangelio del progreso en las modernas sociedades. El fué en México, el más convencido apóstol de la *Buena Nueva*, y su más firme sostén.

Vivió con la protesta eterna en el corazón y en los labios, contra todo acomodamiento ó capitulación, que pudiera falsear la conducta liberal y digna que siguió imperturbable, así en su gabinete del Palacio Nacional, como en las chozas esparcidas por los desiertos arenales de Chihuahua. Supo soportar con dignidad, los desconsuelos y amarguras de la derrota, y disfrutar con moderación y sin orgullo, de las embriagueces de la Victoria. Apuró sin desmayar, las decepciones causadas por el frío egoismo de los hombres, y miró de frente y sin envanecimiento, el sol augusto de sus triunfos... Salió de una choza de la escarpada sierra de Oaxaca, para ser admirado por los políticos y sabios, y por los pueblos amantes de la liber-

tad. Fué ensalzado por los publicistas en sus escritos, y cantado por la lira del poeta.

Juárez, más que un apóstol, más que un héroe, fué un principio, una idea: el principio de los derechos del hombre; la idea de democracia, encarnada en el indio de las enhiestas montañas del Sur.

Vivió grande, moderado y digno en la adversidad y en la fortuna; y murió como los espartanos de Leónidas, con la satisfacción y la gloria de haber cumplido con su deber para con las leyes y la patria. Sobre su tumba, esa patria agradecida, deposita cada año coronas de laurel, con que significa sus triunfos por la libertad, adornadas de negros crespones que simbolizan el eterno luto de una pérdida irreparable.

¡Llor eterno al que supo darnos patria y libertad!

X.





SEGUNDA PARTE.

Composiciones poéticas.

I.

A JUAREZ.

Para cantar al heroe de legendaria pompa
no lúgubres acentos, sino la voz que rompa
los aires en un himno de estrépito marcial.
Para abarcar el radio de su grandeza augusta
las formidables alas del águila robusta
que hiende los espacios en vuelo colosal.

¿Qué verbo no ha vibrado su cláusula sonora
por el prestigio excelso de aquel á quien traidora
un día la calumnia clavole su aguijón?
¿Qué lira no ha cantado la majestad serena
del cíclope que erguido sobre la ardiente arena
impávido resiste la furia del turbión?

Su fe de gran demócrata le alienta prodigiosa,
y á destruir le lleva con mano vigorosa
odiosos privilegios de un fuero anti-social.
Para luchar tenía la ley por sola espada;
y siempre hacía lo alto tendiendo la mirada
paseó por la República la enseña nacional.

Todo era en aquel indio, titánico y soberbio.
De su virtud estoica, de su pujante nervio,
de su vidente espíritu, de su indomable fe,
para la patria hizo como ferrada cota
donde en inútil golpe su duro acero embota
lo que traición y afrentas y despotismo fué.

Del rayo de la guerra fatídico al vislumbre
mirad cómo enarbola su lábaro en la cumbre,
ante el rugir potente del mar en Veracruz.
Mirad cómo atraviesa con su leal cohorte,
hasta llegar al linde de la frontera Norte,
sin doblegarse al peso de su opresora cruz.

Tras de la pugna épica, sobre el revuelto campo,
el sol de la República doró con ígneo lampo
la mole de granito y el bosque secular.
Y el soñador altivo cuya imperial corona,
de la justicia el hierro derrumba y desmorona,
en féretro sombrío retorna á Miramar.

No desmayó en la brega; su espíritu alto y noble
se irguió como en la cima de la montaña el roble
batido inútilmente por recia tempestad.
La obra consumada por su virtud austera,
para su pueblo heroico, para la patria entera,
se llama DEMOCRACIA, se llama LIBERTAD.

Con su labor olímpica, sobre la historia traza
un ciclo que agiganta la fuerza de su raza;
su nombre es alma y símbolo del credo liberal.
La cima de los Andes rebasa con su gloria;
inunda un Continente la luz de su victoria,
y América le erige soberbio pedestal.

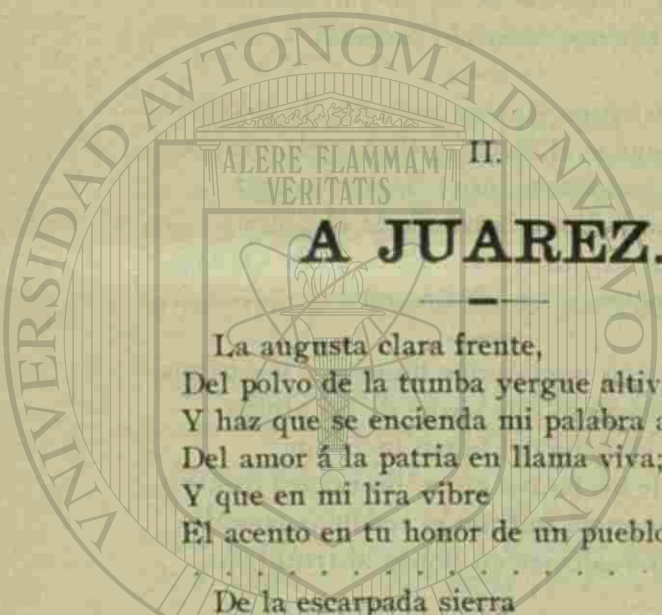
Para quien supo alzarse con talla de coloso
rompiendo audaz el férreo grillete ignominioso,
no el sollozar doliente, ni el llanto femenil.
La Patria no le llora, lanzando la elegiaca
salmodia por los muertos. El indio de Oaxaca
recibe en apoteosis un cántico viril.

Aquí para su nombre los himnos y las palmas
y el vítor fervoroso que surge de las almas
rendidas al civismo del bravo luchador.
La pompa de los lauros en su bronceína frente,
y ante su augusta imagen el redoblar potente
de las guerreras cajas en honra al triunfador.

No el túmulo imponente, sino el marcial trofeo;
no la enlutada gasa, sino el joyante arreo;
no á la sordina el toque del bélico clarín;
no á la mitad del asta la tricolor bandera,
sino tendida al viento, con su águila altanera,
como dosel glorioso del muerto paladín.

C. JUNCO DE LA VEGA.





A JUAREZ.

La angusta clara frente,
Del polvo de la tumba yergue altiva,
Y haz que se encienda mi palabra ardiente
Del amor á la patria en llama viva;
Y que en mi lira vibre
El acento en tu honor de un pueblo libre!

De la escarpada sierra
En alto risco se meció tu cuna;
Donde huracán y nube en cruda guerra,
A imágen de tu vida y tu fortuna,
Te dieron clara norma

De tu lucha tenaz por la Reforma.

Sin duda allá en tu mente,
Cuando habitabas la montañía enhiesta,
De tus grandes ideas la simiente
Crecía como el cedro en la alta cresta;
Y elevabas al cielo

La noble aspiración del patrio suelo!

En vuelo poderoso,
Como el águila baja de la altura,
Bajaste, y en la entraña del coloso

Tu garra liberal hundiste dura,
Trazando en tu camino
De la patria el espléndido destino!

La voz de Ayutla llama,
(El verbo de los libres encarnado),
Y acudes con el pueblo, que te aclama
Cuando empuñas el lábaro sagrado:
De tus pasos la huella
Con regueros de luz la patria sella.

Comienza aquel camino
De un Gólgota sangriento, cruel, amargo;
Al paso de los libres el destino
Punzante espina siembra en viage largo . . .
Pero tú . . . tú, inflexible,
Guardas la fé en el triunfo, incommovible!

Prodigas tu persona,
Y ofreces por la ley la clara vida:
Queda postrada ante tus piés Belona,
Humillando el traidor su arma homicida . . .
Y en tanto, allá en la altura,
La libertad sonrió con tu bravura!

El cerco el enemigo
Estrecha más y más . . . y sufre el bueno!
Ya va á morir la libertad contigo,
Cuando surge entre sangre . . . y humo, y trueno.
Tu palabra de vida
Que humilló á la facción liberticidal

Venció tu fortaleza
Con arma formidable, la Reforma;
Sombra letal con que la lucha empieza
En sol de Calpulálpam se transforma;
A cuya viva lumbre
Venciste de la gloria la alta cumbre.

¿Y quién dar pudo á tu alma
La entereza, la fé, la audacia y todo,
Con que arrancaste victoriosa palma
Del negro despotismo, que con lodo
Amasa el retroceso,
Oponiéndose al paso del progreso?
Fué Dios mismo tu guía . . .
Dios que quiere el progreso . . . y te alentaba!
Y el pueblo mexicano te seguía . . .
Y el pueblo, con el mundo, te admiraba;
Entonando el poeta
En tu honor los acentos del profeta!
Amabas el derecho,
Sintiendo solo un odio, el despotismo;
Odio que hirviendo en generoso pecho,
Convierte en religión el patriotismo,
Y sublima tu saña,
Que un cetro quiebra como frágil caña!
En vano el que se eleva
Sobre lágrimas . . . César orgulloso,
Contra el derecho su furor subleva;
Siente tus rayos su ánimo medroso,
Abatido, impotente,
Inclina al suelo la humillada frente!

Con la ley que redime, . . .
La carta liberal que fué tu credo,
Diste ante el mundo una lección sublime,
Al déspota, al traidor, al extranjero;
Que al doblar la rodilla
Comprenden su vergüenza y su mancilla!
En la choza naciste,
Y hollaste los palacios con tu planta:
El triunfo, tras reveses, obtuviste,
Con estoicismo heroico que levanta:
Dos veces en tu gloria,
De frente viste el sol de la victoria!

Y en vano que el vencido,
Como celoso de tu gloria clara,
Pretendiera tu nombre bendecido
Manchar con el baldon, que les manchará:
Que esa gloria, imponente,
Brillará con su luz resplandeciente! . . .

Arrojando el agravio
De propia mente, como densa sombra,
Volviendo luminoso el mismo labio
Que insolente y sacrilego te nombra,
Exalta más tu vida
La traidora facción liberticida! . . .

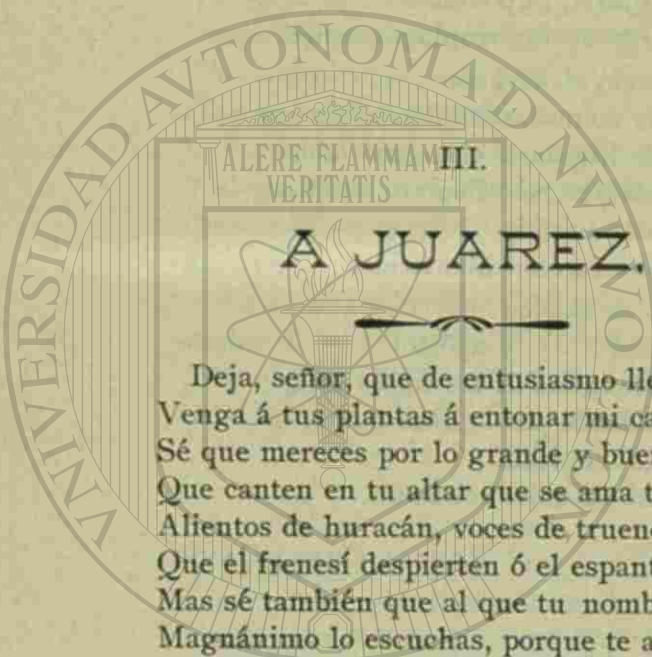
Coloso de la idea
De libertad . . . y apóstol . . . y vidente,
Que el evangelio de los libres crea,
Y es ensalzado por la libre gente:
El pueblo mexicano
Te tributa su culto soberano!

RAFAEL GARZA CANTU.



ALFONSO REYES

Inde. 1425 MONTERREY, MEXICO



Deja, señor, que de entusiasmo lleno
Venga á tus plantas á entonar mi canto:
Sé que mereces por lo grande y bueno
Que canten en tu altar que se ama tanto,
Alientos de huracán, voces de trueno,
Que el frenesí despierten ó el espanto;
Mas sé también que al que tu nombre aclama,
Magnánimo lo escuchas, porque te ama.

Eres el astro que en tu noble tierra
Con resplandores admirables brilla:
Y ahora tu pueblo cuyo amor se encierra
En el patriota insigne, sin mancilla;
Depone orgullos, su altivez destierra
Y dobla reverente la rodilla
Ante el que noble le entregó la herencia
Que Hidalgo le donó: la Independencia.

Un pueblo que aniquila al que lo ultraja:
Y que de nadie la piedad implora:
Que las coronas con furor desgaja,
Y avaro libertades atesora;

Este gran pueblo que con fe trabaja
Luchando por la paz hora tras hora,
Llega rindiendo culto á tu grandeza
E inclina reverente la cabeza.

En la lucha gigante que emprendiste
Loca ambición ante la fe se pierde:
El indio ante el monarca se resiste;
Fulmina á quien tiranos le recuerde;
Y el invasor desconsolado y triste
En su sangre bañado el polvo muere,
Y unge tus plantas que aterrada besa
Con llanto de dolor una Princesa!

Y parece que el mundo se desquicia:
Horrible tempestad amenazante
En torno tuyo con furor se inicia.
La traición te persigue, lanza el guante;
Y cuando el triunfo bárbaro acaricia,
Vese surgir airado y arrogante
Ante las hordas á Guillermo Prieto
Que exige para tí santo respeto.

Y mientras que la envidia te persigue,
Más grande y más altivo te levantas:
No hay golpe que por rudo te fatigue:
La ambición y el rencor fiero quebrantas;
Y cuando es fuerza que la ley castigue,
El orgullo se abate ante tus plantas,
Y hasta el nombre borró del cruel «tirano»
Con sangre azul tu vigorosa mano.

No cabe compararte á ningún hombre,
Coloso entre titanes de la idea:
Cuanto en el mundo á la razón asombre
En tu frente inmortal relampaguea.

Donde está la Razón está tu nombre
Como aureola de luz que la rodea;
Y donde un pueblo yérguese iracundo,
Allí está Juárez desafiando al mundo.

¿Qué mucho que ante tí caigan rendidas
Las efímeras testas coronadas,
Si para tí no existen regicidas
Cuando hay que respetar leyes sagradas?
Aquí están tus antorchas encendidas!
Tus ilusiones míranse colmadas!
La América en tu ser halla su historia,
Y en tu alma el orbe su preciada gloria!

ANGEL T. MONTALVO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

IV. Himno á Juárez.

*Mexicanos que al grito de lucha
«el acero aprestais y el brido»,
hoy que el nombre de Juárez se escucha
afiancemós con él nuestra unión.*

Es el nombre de Juárez, sagrado,
de la Patria el emblema grandioso,
y es el verbo del indio glorioso,
la expresión de la santa igualdad.

Juntos, pues, mexicanos, juremos,
hoy que el pueblo recuerda su historia,
conservar su sagrada memoria
de la Patria en la libre heredad.

Mexicanos, etc.
Al esfuerzo de Juárez, la Patria
vió su Código augusto, triunfante,
la Reforma, radiosa, imperante,
y á sus pies la invasión imperial.
Quien tal supo legar á su pueblo
ante el mundo espectante, admirado,
en la Historia quedó consagrado
para ser como un Dios inmortal.

Mexicanos, etc.

Gloria, gloria al patricio sin mancha
que nos dió del Progreso la norma;
gloria, gloria á la augusta Reforma
y al que fué su esforzado creador.

Mexicanos, al grande invoquemos,
y ante el ara sagrada digamos:
¡Juárez, Juárez, tus hijos te amamos
porque Patria nos diste y honor.

Mexicanos, etc.

El ejemplo que hoy dejas, ¡oh Juárez!
será aliento en las horas de prueba,
levantando al gañán de la gleba
para ser un guerrero triunfal.

A tu nombre se encienden excelsos
los ideales del pueblo que te ama,
y en su canto la vívida llama
con que esplende el amor nacional.

*Mexicanos que al grito de lucha
«el acero aprestáis y el brío»,
hoy que el nombre de Juárez se escucha
a fiamos con él nuestra unión.*

M. BARRERO ARGÜELLES.

TERCERA PARTE.

Estudios Histórico-biográficos.

I

DISCURSO HISTÓRICO-BIOGRÁFICO.

Señores:

No vengo á quemar incienso en los altares
de un ídolo. Ni cuadra á la solemnidad del
momento presente, ni sería posible en la pri-
mera década del vigésimo siglo, officiar según
la liturgia de las sendo-religiones políticas. Mi
voz humilde, intérprete de convicciones pro-
fundas, de ideas y sentimientos sinceros, viene
á unirse cariñosamente al himno gigantesco
con que la República Mexicana, la Patria de
Juárez, saluda al patricio egregio, en el primer
centenario de su natalicio.

Mi tarea, dentro de los límites normales
de la función del Ciudadano, no tiene de ex-
traordinaria sino el objeto que la motiva. Ha-
blar de Juárez ante una agrupación de mexi-
canos, y de mexicanos liberales, es participar

Gloria, gloria al patricio sin mancha
que nos dió del Progreso la norma;
gloria, gloria á la augusta Reforma
y al que fué su esforzado creador.

Mexicanos, al grande invoquemos,
y ante el ara sagrada digamos:
¡Juárez, Juárez, tus hijos te amamos
porque Patria nos diste y honor.

Mexicanos, etc.

El ejemplo que hoy dejas, ¡oh Juárez!
será aliento en las horas de prueba,
levantando al gañán de la gleba
para ser un guerrero triunfal.

A tu nombre se encienden excelsos
los ideales del pueblo que te ama,
y en su canto la vívida llama
con que esplende el amor nacional.

*Mexicanos que al grito de lucha
«el acero aprestáis y el brío»,
hoy que el nombre de Juárez se escucha
a fiamos con él nuestra unión.*

M. BARRERO ARGÜELLES.

TERCERA PARTE.

Estudios Histórico-biográficos.

I

DISCURSO HISTÓRICO-BIOGRÁFICO.

Señores:

No vengo á quemar incienso en los altares
de un ídolo. Ni cuadra á la solemnidad del
momento presente, ni sería posible en la pri-
mera década del vigésimo siglo, officiar según
la liturgia de las sendo-religiones políticas. Mi
voz humilde, intérprete de convicciones pro-
fundas, de ideas y sentimientos sinceros, viene
á unirse cariñosamente al himno gigantesco
con que la República Mexicana, la Patria de
Juárez, saluda al patricio egregio, en el primer
centenario de su natalicio.

Mi tarea, dentro de los límites normales
de la función del Ciudadano, no tiene de ex-
traordinaria sino el objeto que la motiva. Ha-
blar de Juárez ante una agrupación de mexi-
canos, y de mexicanos liberales, es participar

en fiesta de familia, sencilla y modesta, en que la grandiosidad podrá brotar espontánea del consorcio de los afectos, de la comunión de las ideas; pero nunca de invocaciones y conjuros convencionales, aparatoso atavío de hipócritas y mendaces glorificaciones. Porque el nombre de Juárez, se ha unido indisolublemente á nuestra vida nacional y está en la historia de la Patria, como las imágenes en la luz y la verdad en la idea, vinculando las manifestaciones todas de nuestra civilización presente y todos los destellos de nuestra pasada gloria.

Pocos hombres han venido á la vida, como D. Benito Juárez, en época menos propicia y con elementos menos aptos para señalar con marca imborrable la huella de su paso. Hijo humilde de la desventurada raza indígena y nacido en insignificante villorrio, perdido entre ágrias serranías, le estaba clarísimamente indicado el camino de la labor aniquilante, agobiadora é infecunda, de la aspiración siempre imposible, del ideal informe, perennemente perdido entre tinieblas..... Su naturaleza extraordinaria, su instinto delicado de hombre superior, la conciencia, acaso, de su futuro glorioso destino, le hicieron rebelarse contra la condición misérrima del medio y del momento; y poniéndose andazmente en marcha, se lanzó al porvenir en busca de una esfera en que su espíritu, desenvolviéndose libre, pudiese llenar el espacio con sus destellos flamígeros y revelar, en actos portentosos de ardimiento patriótico y de humanitarismo esquisito, la indoma-

ble energía y la radiosa clarividencia de su temperamento de génio.

El pária de Guelatao se manifestó prócer en Oaxaca; el menestral ignorante y rudo se trasformó en profesor sábio, en mandatario enérgico, en magistrado probo é indoblegablemente justiciero; fundando á impulso de su voluntad de hierro, el cimiento incommovible de su futura grandeza. Su genial bondad, su altruismo y la indiscutible superioridad de su talento le conquistaron pronto el amor y la admiración de sus coterráneos; pero á la vez, su independendencia de criterio y la inflexible rectitud de su carácter le señalaron á la ira y el rencor de los tiranos; y la vejación inmerecida, la prisión injusta, el ostracismo arbitrario le confirieron la augusta investidura de los reudentores de la humanidad, la de la persecución y del martirio. La demente Dictadura de aquel tiempo marcó irrevocablemente su ruta futura al indio de Guelatao, predestinándole para llegar, tras Calvario dolorosísimo, al Tabor de la Libertad, á la embriaguez indescriptible del triunfo supremo: triunfo de su fé, triunfo de sus ideales y espléndido triunfo de la turba de desheredados que, agrupada en su derredor, se proclamaba pueblo.

¿Como llenó Juárez la misión que le fuera impuesta? Preguntadlo á la Historia. Yo no llegaré á la audacia de compendiar la brillante epopeya de sus trabajos, la mas trascendental y fecunda que hayan contemplado las generaciones en el sagrado girón de tierra que se lla-

ma México; apenas si, para formar digno marco á la grandiosa figura que hoy aclamamos vuelvo un instante los ojos al pasado y evoco el recuerdo de la obscura y sangrienta génesis de nuestra nacionalidad, hoy fuerte y perdurablemente fundada, gracias á la labor de una generación casi desaparecida, á cuyo frente marchó siempre, sereno como la Justicia, impassible como el Destino, el hombre extraordinario cuya glorificación nos congrega.

Falseadas las aspiraciones que tomaron cuerpo y vida en el inolvidable Grito de Dolores, por el plan de Iguala y los tratados de Córdoba, el país entró á la existencia autonómica conducido por una oligarquía compuesta de elementos disímolos, contrarios todos al desarrollo de la nueva entidad independiente. Las clases preponderantes en el antiguo régimen, la nobleza, el clero, el ejército, los ricos y los burócratas, unificadas en su odio al pueblo, encarnación para ellas de la demagogía y el desórden, no podían concertarse respecto de la fórmula que habría de permitirles el reparto de los gajes, de las prebendas y aun de los simples oropeles de la gobernación suprema. Mil encontradas ambiciones entraban sordamente en lucha, dirigiéndose cada una al logro de sus intentos y colaborando todas á la desdicha de la patria común. El primer ensayo correspondía, por exigencia lógica, á la fuerza: en efecto, los legionarios del Ejército Trigarante alzaron sobre el pavés á D. Agustín Iturbide, creando de un sólo golpe una dinastía y un

imperio. De ese primer atentado arranca la série de catástrofes cuya narración constituye la historia del país, durante sus primeros treinta años de vida independiente; pues el fácil triunfo de la soldadesca mostró ancha ruta á la conjuración latente y en lo sucesivo, año tras año, las ambiciones impacientes, el fanatismo, la sed de dominación ó de pillaje se hicieron manifiestas por un pronunciamiento. La Nación, empujada por la fatalidad, recorrió por treinta años la vía dolorosa, dejando tras sí, mares de sangre, desiertos producidos por el incendio, pueblos asolados por el bandalismo; y sobre el amontonamiento de ruinas humeantes y de sangrientos despojos todas las virtudes cívicas de sus hijos, arrancadas una á una por el dolor llegado al paroxismo, engendrador de una desesperación sin remedio. La ignorancia era cada vez más profunda, las pasiones cada vez más desenfrenadas y feroces y para colmo de males, la abyección, como cáncer incurable, se difundía por todos los elementos del organismo nacional, arrebatando aún la esperanza de una reacción salvadora. Cuando en 16 de Diciembre de 1853, el General Santa-Ana, el más funesto de nuestros legionarios, proclamó solemnemente su propia dictadura, abrogándose el derecho de constituir el país á su antojo y cuando lo creyese oportuno, la Nación, herida de estupor ante tamaño cinismo, no tuvo casi protestas contra la Alteza Serenísima.

Andaz y sin freno, apoyándose en el mayor y más vistoso ejército que hubiera alimentado

México y con el producto de los girones de tierra patria vendidos al extranjero, la tiranía se desbordó como torrente, haciendo estremecer el país con sus iniquidades: hasta que el exceso mismo de la opresión provocó la tempestad de venganza de los oprimidos.

El movimiento de Ayutla, bajo la vulgarísima forma de un pronunciamiento militar, despertó la dignidad adormecida, atrajo á un centro de actividad común las energías dispersas, dió una fórmula á los pensadores y una bandera á los héroes, conmoviendo el país todo con los estremecimientos de una gloriosa revolución salvadora. ¿Por qué el plan de Ayutla y Acapulco, tan fácil de confundir con el desacreditado cuartelazo, pudo operar una transformación tan profunda? Porque en medio de las angustias de la Patria, una escogida porción de hombres de buena voluntad, desafiando las iras del poder y arrojando la persecución y el destierro, haciendo el sacrificio de su tranquilidad y aun de su vida, se había impuesto la tarea de difundir en las masas el evangelio de la libertad: dirigiéndose primero á la juventud y luego á las clases trabajadoras había creado una escuela de la que brotarían en su día caudillos para dirigir la fuerza y tribunales y pensadores para exaltar el verbo de la revolución.

Apenas iniciado el movimiento de Ayutla, aquellos hombres quebrantando la prisión ó el destierro, volaron al Sur, donde Alvarez y Comonfort sostenían con mano robusta las ban-

deras del nuevo credo. Entre aquellos hombres estaba Juárez, que vuelto de su destierro, reasumía sus labores de apóstol, prestigiando con su nombre sin mancha é impulsando con su incansable energía el movimiento regenerador. Obligado más por la opinión que por la fuerza, el dictador huyó, sus flamantes regimientos se dispersaron, sus lacayos y favoritos ocultaron en las sombras su vergüenza y la revolución triunfante llevó sus banderas á la Capital de la República.

Constituido el Gobierno, conforme á la promesa de Ayutla, Juárez tomó en él la parte que á su mérito correspondía, marcando su paso por la Secretaría de Justicia con la promulgación de la ley que suprimía los fueros, haciendo á todos los hombres iguales ante sus Jueces. A la vez Comonfort reconstituía el ejército y Lerdo y Ocampo echaban los cimientos de una administración pública progresista y verdaderamente ilustrada.

No podía ocultarse á las clases hasta entonces privilegiadas el carácter profundamente nivelador y la tendencia reformadora de los principios venidos de Ayutla y ante la amenaza de sus fueros y privilegios, hubieron de aprestarse á nueva lucha. La reacción fué, y esta vez en nombre de Dios, dando á la guerra fratricida el carácter piadosamente feroz de una cruzada. Los hombres de la revolución hicieron frente al océano de pasiones que el fanatismo religioso desencadenó en su contra y vencieron ese fanatismo, ahogándolo cuando

sólo fué conspiración y aniquilándolo cuando, convertido en motín, fué á plantar su cruzada bandera en los campos de batalla; fieles á su compromiso sagrado reunieron un Congreso, acaso el primero verdaderamente nacional, y custodiando con viril actitud esa representación del país, le permitieron que estudiase sin sobresaltos ni temores los problemas sociales y políticos planteados por la revolución y diese al país las Instituciones que debían asegurarle la paz, el progreso y en una palabra, la civilización.

En medio de relámpagos y truenos, como la ley mosaica, apareció en efecto, el 5 de Febrero de 1857 la Constitución, el Código instituyente de la República, el monumento más grandioso levantado á la libertad y el más fuerte y eficaz instrumento de orden, de fraternidad, de progreso y de grandeza que pudo ofrecerse á las miradas de la humanidad.

Conforme á la nueva Constitución, se hicieron las elecciones para los Supremos Poderes, y Juárez, que desempeñaba una Secretaría de Estado, fué llamado por el voto á la Jefatura Suprema del Poder Judicial, que tenía anexa la Vice-Presidencia de la República. La tolerancia de cultos, la libertad de enseñanza, la de imprenta, el reconocimiento solemne de los derechos del hombre y de la soberanía del pueblo, fueron un botafuego que determinó la explosión formidable de una mina inmensa; la reacción lanzó á la faz del país su reto á muerte y la conspiración y el motín y el levantamiento

armado sembraron el terror y la consternación en todas partes; á la vez que el anatema religioso inundaba de sombra las conciencias. El Jefe Supremo del partido constitucionalista sintió vacilar su fé y anonadarse su energía ante la perspectiva siniestra de una lucha de hermanos, sin cuartel y sin misericordia, y cediendo á pérfidos consejos de interesados hombres públicos, sin valor ni civismo, ó decepcionado ante la defección de la porción más florida de sus tropas, abandonó su augusta investidura, rompiendo en un momento de debilidad títulos de significación altísima, que había conquistado con su abnegación, con su valor, con su talento y con su tacto político. Juárez, el Vice-Presidente de la República estaba en prisión; pero aclamándole la coalición de las Entidades Federativas, que se formó á raíz del Golpe de Estado, fué puesto en libertad por Comonfort y el futuro salvador de México, sin formidarse ante un estado de cosas para otros desesperante, empuñó decidido la caída bandera de la Constitución, predestinada á ser el paladín de nuestra nacionalidad.

Juárez, acogido con entusiasmo por los pueblos y por el conjunto de batallones de artesanos, comandados por Abogados ó Médicos, que se llamaba Ejército Constitucionalista, fijó la residencia del Gobierno sucesivamente en Guajuato, Guadalajara y Veracruz, organizando con vigor pasmoso y con tenacidad incansable entre peligros, privaciones, y sufrimientos, la reconquista de los derechos arteramente con-

culcados y el desarrollo de la simiente germi-
nada en Ayutla, que había ya realizado su evo-
lución primera en la Constitución. Sitiado en
Veracruz, mientras el ejército, que el nombre
prestigioso del grande hombre mantenía en la
disciplina y en la unión, obtenía señaladas vic-
torias, Juárez, en medio de la estupefacción ge-
neral, proseguía sereno y confiado su obra re-
formadora, promulgando leyes de trascenden-
cia incalculable que, en porvenir no lejano, de-
bían transformar radicalmente los elementos
sociales, económicos y políticos de nuestro or-
ganismo nacional. Su actitud de fé inquebran-
table introdujo el desconcierto en las filas del
oscurantismo y vigorizó más y más el culto en-
tusiasta tributado por sus adeptos á la Consti-
tución. Así se realizó la obra magna de la Re-
forma, dentro del recinto fortificado de una
ciudad sitiada, abierta como último asilo al pe-
regrino representante de una idea inmortal,
que había escrito en su bandera los nombres
de Patria, República y Libertad.

La lucha entre tanto seguía ardorosa y con
éxito vario en toda la extensión del territorio,
tomando á veces las proporciones de la leyen-
da épica y revistiendo otras el aspecto de una
carnicería salvaje; hasta que el Ángel de las
victorias pareció decidirse por los humildes
soldados del pueblo y brindándoles con las jor-
nadas inmortales de Silao y de Calpulalpam,
abrió á las legiones constitucionalistas el ca-
mino de la Capital. Juárez, el hombre-pueblo,
el apóstol clarividente, el Jefe digno de la de-

mocracia triunfante, pudo ascender de nuevo al
Capitolio Nacional, trayendo consigo no sólo
el depósito inviolado de la Constitución, sino
las nuevas conquistas de la civilización que en-
carnaba la Reforma.

El partido de la reacción parecía definiti-
vamente vencido: la Patria respiró, arrullándo-
se con la esperanza de una paz que creía con-
quistada para siempre; el Gobierno nacional se
consagró con empeño á restañar la sangre, á
curar las entreabiertas heridas del país, á crear
los elementos de su grandeza futura y sobre to-
do á cimentar la paz y el orden sobre las bases
inmutables de la justicia y del derecho.

No se contaba con el despecho demente que
engendra la derrota. El partido de la religión
de estado, de la intolerancia, de los fueros y de
los privilegios, mal avenido con sus últimos
desastres y no contando con elementos propios
para intentar nueva aventura, tendió la vista
más allá del Atlántico y trayendo á la memo-
ria un antiguo proyecto liberticida, que fuera
sueño de oro de las administraciones retrógra-
das, fué á pedir auxilio al extranjero, ofrecien-
dole en feudo los sangrientos despojos de la
Patria. Los trabajos de Hidalgo y Almonte, fer-
vorosamente secundados por algunos Obispos
y por la gran mayoría de los reaccionarios, al-
canzaron al fin que se firmara la conocida Con-
vención de Londres, pacto internacional que
lanzó á nuestras playas las escuadras de Espa-
ña, Francia é Inglaterra, destinadas por intriga

tenebrosa á ser escolta de un príncipe, que se llamaría Emperador de México.

Como ante la dictadura, en los días gloriosos de Ayutla; como ante la reacción, después de la catástrofe estruendosa del golpe de estado; Juárez se irguió ante la alianza tripartita, recogiendo con la digna serenidad del que confía en la justicia de su causa, el guante arrojado á la faz de la República por las tres poderosas Naciones que habían consentido en ser ejecutoras de las ruines miras de un puñado de aventureros. La nueva lucha en defensa de la autonomía de México fué inaugurada por un triunfo diplomático en los tratados de Soledad, que aislando de la acción común á los Gobiernos de España y de Inglaterra, dejó solo frente á nuestra nacionalidad amenazada al verdadero sostenedor de la camarilla reaccionaria, al Jefe de la Nación más amante de la libertad al César Francés. La invasión cobró las primicias de su atentado en el descalabro de Puebla; pero desechos los elementos de la defensa en el sitio de la misma Puebla y en la adversa jornada de San Lorenzo, avanzó triunfadora, empujando ante sus huestes al Gobierno de la República. Juárez emprendió nueva odisea á través del territorio mexicano, nuevamente destinado á fertilizarse con sangre, llevando á todas partes el aliento de su fé y su confianza en el triunfo. A su voz los pueblos se aprestaron con entusiasmo á la lucha; exangües, extenuados, empobrecidos por largos años de guerra civil, supieron encontrar en su amor á

la Patria la energía necesaria para resistir el empuje de la ola invasora, que no debería cubrir sino tierra empapada en sangre mexicana.

Nunca como entónces pudo palparse la influencia bienhechora de las nuevas ideas, ni apreciarse mejor la bondad de las instituciones nuevas. El pueblo que entre el fragor del combate había recibido las nociones elementales de su educación ciudadana, fué invariablemente fiel á la Constitución y el nuevo ejército nacional fué invariablemente fiel al Gobierno emanado de aquella ley suprema. Juárez, en su heroica peregrinación, llegó al confín más apartado del territorio y desde allí pudo mantener en todo el país el respeto debido á la autoridad de su Gobierno, alentar el vigor de la resistencia, formar centros de unión donde los azares de la guerra lo hacían indispensable, distribuir los elementos de combate entre esos centros y mantener la unión en los mexicanos todos con la influencia de su palabra que hacían doblemente respetable su alta investidura y el supremo peligro de la Patria.

No me detendré á pintar, por que me sería imposible, los grandiosos episodios de aquella titánica lucha, en que un pueblo semi desnudo, casi sin armas y muchas veces sin pan, disputó palmo á palmo la tierra bendita de la patria á un ejército verdaderamente imponente por su pericia, por su disciplina, por su glorioso renombre y por los formidables elementos de combate de que venía provisto. Los mexi-

canos todos conocen las peripecias de esa lucha gloriosa, esfuerzo supremo de nuestra nacionalidad.

A pesar de la resistencia, la invasión llegó á ocupar materialmente casi toda la extensión del territorio y cumpliendo los designios del Emperador de Francia levantó un trono en que vino á sentarse el infortunado Archiduque, Maximiliano de Hapsburgo. La erección del Imperio dió alientos á los partidarios de la intervención ya abiertamente convertidos en traidores; pero no pudo amenguar los bríos de los constitucionalistas que, sostenidos por el ejemplo admirable de Juárez, siguieron incansables en su empeño de defender hasta morir, las instituciones libres, la integridad y la autonomía de México.

La farza imperial había llegado al apogeo de su poder, apoyada por el ejército invasor y juzgando agotados los elementos de defensa de la República, decretó el exterminio de los patriotas, promulgando su famosa ley de 3 de Octubre, que declaraba bandidos y salteadores á los defensores de la causa constitucionalista, entregándolos al patíbulo, tras el juicio irrisorio de una Corte Marcial. Nueva ola de sangre iba á esparcirse por el ya inundado suelo mexicano; pero lejos de producir su efecto terrorífico esa demente algarada del Imperio enardeció el patriotismo y dió gigantescas proporciones á la defensa. Por entonces el Gobierno francés, obligado por la grito de sus propios nacionales, por las premiosas recomen-

daciones de los Estados Unidos, ó por la falta de esperanza en un triunfo definitivo, que había juzgado fácil y que amenazaba ser imposible, determinó retirar sus contingentes de México, sembrando el pánico en la camarilla imperial. Maximiliano comprendió que se hundía su imperio; pero los reaccionarios reclamaron el cumplimiento de las promesas imperiales, asegurando á su amo que tendrían un ejército y todos los elementos necesarios para el triunfo, logrando con esto que la lucha continuase. La imprevisión imperial había dejado extinguirse los regimientos reaccionarios, mas ante la urgencia de los sucesos alzó apresuradamente bandera llamando á su lado á los más conspicuos representantes del antiguo ejército de los cuartelazos, del que había proclamado con igual entusiasmo el imperio de Iturbide y la Constitución de 24, las siete leyes y el plan de Jalisco, la dictadura de Paredes y la de Santa-Ana; con estos elementos se improvisó el ejército imperial, que Maximiliano quiso mandar en persona, reconcentrándolo en Puebla, en Querétaro y en la Capital. El Gobierno Constitucional por su parte, que contaba con los Cuerpos de Ejército del Norte y de Occidente, de Oriente y del Centro, comandados por los Generales Escobedo y Corona, Díaz y Régules, concibió el plan de cercar á los imperiales y aniquilar de un golpe el imperio presente y las esperanzas de otro en el porvenir. A este plan militar y político que se había comenzado á desarrollar pacientemente, vino á coope-

rar la estrategia de los reaccionarios que, dejando un simulacro de Gobierno en México llevaron al titulado Emperador á encerrarse en Querétaro, con la esperanza de ganar las sierras en el primer fracaso y seguir la guerra de guerrillas que creían interminable. El General Díaz ocupó á Puebla después de un ataque sangriento, derrotó á Márquez y lo encerró en México, con la farsa de Regencia que de orden supremo se había constituido en aquella Ciudad. Escobedo, Corona y Régules se dirigieron sobre Querétaro que sitiaron á su vez y en aquellas dos plazas quedaron en definitiva circunscritos todos los elementos militares del imperio y todos los ensueños de triunfo de la reacción. La cuestión militar tocaba á su punto, la victoria de la República era simple cuestión de tiempo y las operaciones de sitio en México y en Querétaro se siguieron prudentemente, ahorrando el derramamiento de sangre y esperando sin impacencias peligrosas el desenlace que, aun para los más pesimistas, no podía ser otro que el aniquilamiento del Imperio y la muerte de la reacción conservadora. En efecto, Querétaro á pesar de los desesperados esfuerzos de los Miramón, los Mejía, los Castillo y los Mendez cayó en poder de los republicanos y México, donde se había refugiado Márquez, el soldado más hábil y más audaz de la reacción, como custodio de la llamada Regencia, se entregó á sus sitiadores.

Casi todos los corifeos de nuestras guerras civiles, casi todos los mantenedores del oscu-

rantismo, por la fuerza quedaron en unión de su llamado Emperador á merced del Gobierno legítimo. Era la ocasión de cortar de raíz, la gangrena que por más de medio siglo había detenido la natural evolución del país, castigando severamente á los que, ofuscados por el fanatismo religioso y político ó cediendo á las exigencias de sus pasiones malsanas, ensangrentaban sin piedad el territorio de México llegando hasta la traición para conseguir sus intentos. El país todo clamó justicia y Juárez á quien imponía esta nueva misión su propio triunfo, hubo de levantarse á la altura de esa misión aceptando sereno, sin vacilaciones, sin enternecimientos impropios del que tiene en sus manos el porvenir de un pueblo, la responsabilidad terrible de hacer fecunda, en el concepto social, la victoria de las armas. México tenía leyes para juzgar á los aventureros y los traidores, tenía Tribunales que aplicaran esas leyes y tenía fuerza moral y material para ejecutar los fallos que dictasen sus Tribunales; y el Gobierno entregó los culpados á sus Jueces, procuró la mayor amplitud en los juicios y ejecutó con entereza las sentencias, ofreciendo á las miradas del mundo y de la historia, después del grandioso espectáculo de la lucha encarnizada y sangrienta en nombre del derecho, el pavoroso espectáculo de la justicia nacional cumplida.

Con el triunfo definitivo de la Nación vino otra tarea fatigosa y ruda. Había que reconstituir el país, qué dar al Gobierno los elemen-

tos para la conservación del orden y de la paz, qué formar la hacienda pública, qué organizar el sistema educativo, qué abrir las fuentes de la riqueza, qué convertir todos los resortes administrativos en factores de prosperidad y qué presentar á la República digna y respetable como Entidad Internacional.

Juárez emprendió esa tarea gigantesca con el mismo empeño tenaz, con el mismo patriótico ardimiento de que había dado prueba brillante en las horas de la lucha tormentosa y de la angustia suprema de la Patria, haciéndose superior al sufrimiento y á la fatiga y dominando con heroica entereza sus pasiones propias y las ambiciones y las tendencias de sus amigos ó partidarios personales, con la serenidad de criterio solo suya y una alteza de miras tanto más admirable cuanto que en ese último período de su labor abnegada, no faltaron al corazón y al espíritu del grande hombre las decepciones más profundas y las amarguras más íntimas.

En pleno período de actividad reconstructora le sorprendió la muerte, como si el destino no hubiese querido permitir que el salvador de la República, el fundador de la democracia mexicana, el autor de la reforma social y política de esta Nación tanto tiempo azotada por la desventura y que él había redimido cuando ya comenzaba el naufragio de sus instituciones, se proclamase también autor del poder, de la prosperidad y la grandeza que serían consecuencia necesaria de la titánica obra por él tan glo-

riosamente cumplida. A su muerte un crespón de tristeza se extendió por el cielo de México, y el país sintió el estremecimiento siniestro con que se manifiesta la cesación de la vida.....

Pero la influencia benéfica de los seres superiores no puede circunscribirse á los límites estrechos de su existencia material, sus obras son perdurables y siguen desarrollándose vivaces y florecen y fructifican largo tiempo después que sus autores han desaparecido. Juárez plantó, y plantó con el acierto del vidente los fundamentos de nuestro orden social, trazó el camino que debían seguir todas las fuerzas complexas que constituyen el poder público, estableció las bases sólidas sobre que se apoyaría la educación nacional, marcando esta obra con el sello de su génio y prestándole el prestigio de su memoria augusta para hacerla imperecedera.

Tales son, en síntesis descolorida y rápida, los méritos con que el indio sublime de Guelatao, la más grande si no la más brillante personalidad del pasado siglo, pudo conquistar el amor, la devoción ferviente y la perenne gratitud de sus conciudadanos.

No incurriré en el error de atribuir á Juárez y á Juárez exclusivamente, por mucho que venero su nombre, por mucho que tribute á su memoria religioso culto, toda la gloria que

irradia del ciclo histórico de que vengo haciendo referencia. Yo sé que nunca es lícito borrar el nombre de una Nación para escribir el de un hombre, sé que las grandes victorias las obtienen los pueblos y que los pueblos realizan las grandes conquistas y fundan las grandes civilizaciones: en derredor de Juárez percibo una pléyade de pensadores y de guerreros que, como Lerdo y Ocampo, como Mata y Arriaga, como Alvarez, Comonfort y Degollado, como Zaragoza y Escobedo, Díaz y Corona, se ofrecieron en holocausto á la Patria, consagrándole, sin condición y sin reservas, todas las energías y todos los instantes; distingo más lejos la multitud anónima de héroes, de apóstoles y de mártires que ni el solo premio de la recordación demandan á la historia; y veo por fin al pueblo que, dígame lo que se quiera de su ignorancia y de sus viejos atávicos, ha tomado parte importantísima, con fe ardorosa y con entusiasmo consciente, en todas las jornadas de la nacional epopeya. Pero la Historia nos presenta á Juárez al frente de los pensadores, inspirando ó dando forma y autoridad á las concepciones más audaces y profundas; nos lo ofrece dirigiendo la acción de los guerreros y educando y alentando los patrióticos entusiasmos populares y no podemos menos que ofrecer al grande hombre, en el que toda una generación

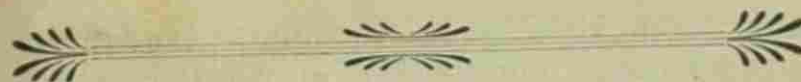
viril y robusta había encarnado su causa, el homenaje que esa misma generación le consagrara reconociéndole como supremo Jefe.

Hace poco más de medio siglo que nuestra revolución social y política derramó sobre el cielo de la República sus primeros resplandores y ya podemos juzgar, con seguro criterio, de sus frutos. Los hechos, con lógica incontestable, han venido á confirmar la bondad de las concepciones, condenadas por antisocialistas ó tenidas por utópicas de los reformadores. La Constitución y la Reforma han sido en definitiva iris de paz y vínculo de estrecha unión para los mexicanos de todas las comuniones; con la Constitución y la Reforma nuestra nacionalidad resistió victoriosa la ola envolvente de la invasión extranjera; con la Constitución y la Reforma pudo Juárez, tras la inmensa catástrofe del llamado Imperio, devolver á la Nación su bandera inmaculada, su territorio íntegro y su honra limpia de la calumnia con que propios y extraños habían pretendido mancharla; con la Constitución y la Reforma nuestras fronteras se han abierto y nuestra existencia ha podido vivificarse en el contacto íntimo de las civilizaciones de los demás pueblos; con la Constitución y la Reforma se ha hecho la paz estable y á su sombra se desarrollan y ensanchan las fuerzas vivas del

país, centuplicando los elementos de fuerza, de riqueza y de poder, que son garantía segura de respeto en el orden internacional.

Todos estos bienes, en su origen y su fundamento, son aún la obra de Juárez, que con su ejemplo y con sus enseñanzas, supo elevar las clases humildes á la dignidad de la ciudadanía, que hizo una patria de lo que solo fuera una denominación geográfica, y conquistó para esa patria el respeto y la estimación del mundo civilizado. Por eso la celebración de su natalicio no es la banal ceremonia con que se estimula la vanidad de un triunfador cualquiera; sino la manifestación augusta y solemne con que la gratitud nacional consagra, en himno que resuena del uno al otro confin del territorio, el nombre venerando del Padre de la Patria.

Enrique Gorostieta.



II.

BIOGRAFIA.

Benito Juárez.

1,806.

1,906.

En San Pablo de Guelatao, del Distrito de Ixtlán, perteneciente al Estado de Oaxaca, nació el 21 de Marzo de 1,806, Benito Pablo Juárez.

Fueron sus padres, Marcelino Juárez y Brígida García, indios ambos del propio pueblo de San Pablo de Guelatao.

Sus abuelos paternos fueron, Pedro Juárez y Justa López, y los maternos, Pablo García y María García.

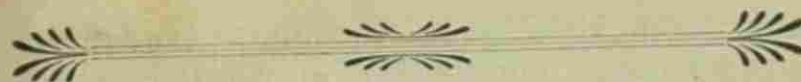
Los bienes de fortuna que poseían los padres de aquel infante, consistían en una choza, un pequeño campo de labor y algunos animales domésticos.

A la edad de tres años, Juárez quedó huér-

país, centuplicando los elementos de fuerza, de riqueza y de poder, que son garantía segura de respeto en el orden internacional.

Todos estos bienes, en su origen y su fundamento, son aún la obra de Juárez, que con su ejemplo y con sus enseñanzas, supo elevar las clases humildes á la dignidad de la ciudadanía, que hizo una patria de lo que solo fuera una denominación geográfica, y conquistó para esa patria el respeto y la estimación del mundo civilizado. Por eso la celebración de su natalicio no es la banal ceremonia con que se estimula la vanidad de un triunfador cualquiera; sino la manifestación augusta y solemne con que la gratitud nacional consagra, en himno que resuena del uno al otro confin del territorio, el nombre venerando del Padre de la Patria.

Enrique Gorostieta.



II.

BIOGRAFIA.

Benito Juárez.

1,806.

1,906.

En San Pablo de Guelatao, del Distrito de Ixtlán, perteneciente al Estado de Oaxaca, nació el 21 de Marzo de 1,806, Benito Pablo Juárez.

Fueron sus padres, Marcelino Juárez y Brígida García, indios ambos del propio pueblo de San Pablo de Guelatao.

Sus abuelos paternos fueron, Pedro Juárez y Justa López, y los maternos, Pablo García y María García.

Los bienes de fortuna que poseían los padres de aquel infante, consistían en una choza, un pequeño campo de labor y algunos animales domésticos.

A la edad de tres años, Juárez quedó huér-

fano, habiéndose hecho cargo de él, su abuela Justa López, y muerta ésta, el tío Bernardino Juárez.

Contaba doce años, cuando moviéndose en su espíritu el anhelo del progreso, se decidió á trasladarse á Oaxaca, á cuya Capital marchó en busca de trabajo, yendo á vivir al lado de una hermana que hacía el servicio de doméstica en una casa de familia.

Don Antonio Salanueva, encuadernador de libros y miembro de la tercera orden de San Francisco, tomó á Juárez á su servicio, siendo al lado de aquel hombre donde el niño menesteroso no sólo adquirió la enseñanza primaria, pues que á los doce años de edad aun no sabía leer, sino el desarrollo de sus innatos principios de honradez y moralidad que tanto le habrían de distinguir al correr de los tiempos.

El mismo Sr. Salanueva fué quien obtuvo después para su protegido, una plaza en el Seminario de Oaxaca, dedicándolo á abrazar la carrera eclesiástica. Con toda regularidad hizo los cursos escolares, así como el de latinidad y filosofía.

Creado en 1826 el Instituto de Ciencias y Artes de Oaxaca, donde habrían de impartirse los conocimientos científicos más en boga en aquella época, Juárez ingresó á él, abandonando el Seminario para cursar las materias reglamentarias del nuevo Establecimiento, en el que llegó á ser Profesor de Física antes de presentar sus exámenes en la carrera de abogado.

Estalla por aquel entonces la primera guerra civil, con motivo del pronunciamiento de la Acordada en México, á causa de la elección presidencial, al terminar su período constitucional el General D. Guadalupe Victoria, revuelta que hace subir á la presidencia al General Guerrero, y es Oaxaca uno de los Estados en que más se resiente la conmoción política, tomando parte en aquellas elecciones la juventud estudiosa, Juárez entre ella. ¡Era su bautizo político! Pasadas aquellas elecciones, Juárez vuelve al Instituto, del que salió más tarde para entregarse de lleno á la política, llevando á ella como único guía, los dictados de su conciencia, y por sólo escudo, la integridad y honradez de sus principios eminentemente liberales.

En 1831, ocupa por primera vez el cargo de Regidor del Ayuntamiento de Oaxaca, siendo electo al año siguiente Diputado á la Legislatura del Estado, en la que figuró hasta 1834, año en que obtuvo su título de abogado.

En aquella época, hacían sus primeros ensayos en el país, las ideas liberales y reformistas expuestas por D. Valentin Gómez Farias á la sazón Presidente de la República por ausencia del General Santa Anna; mas es desconocido por el Congreso de 1835 el Sr. Farias, al declararse aquel Congreso investido con facultades para reformar la Constitución de 24; entra á desempeñar la Presidencia D. Miguel Barragán, y es entonces cuando Juárez, á quien se le consideró complicado en una conspiración liberal,

fué reducido á prisión por varios meses en Oaxaca.

Los cambios de Gobierno se suceden, los pronunciamientos se ponen á la órden del día, los partidos caían y se levantaban, el federalismo se imponía al centralismo y vice-versa, y así se caminaba lentamente, empezando á descollar los hombres de talento en cada partido. Juárez, á su vez, pasa á desempeñar el cargo de Juez de lo Civil y de Hacienda en Oaxaca, durando en él tres años, del 42 al 45; lo llama el General León á las labores de la Secretaría del Gobierno del Estado, y es nombrado á poco, Ministro Fiscal del Tribunal Superior de Justicia.

Brota entónces la idea iniciada por D. Manuel Gutiérrez Estrada de fundar en México una Monarquía extranjera; idea que apoya el General Paredes que había asaltado la Presidencia de la República; pero una revolución derroca el Gobierno militar de Paredes en 1846; reasume su soberanía el Estado de Oaxaca, y es entregado su Gobierno á un triunvirato en el cual figura Juárez, quien desde luego aparece por su recto carácter y avanzados principios, como el representante único de aquel Gobierno.

Surge de la revolución acaudillada por el General Mariano Salas, el establecimiento del Congreso Constituyente de 1846, que debería reformar la Constitución de 24; Oaxaca secundó aquel movimiento, y es nombrado Juárez Di-

putado á dicho Congreso que debía reunirse en la Capital de la República.

Sobreviene á principios del año 47 el pronunciamiento llamado de *los polkos*, que encuentra eco en Oaxaca; el Congreso Nacional á moción de los Diputados de aquella Entidad declara subversivo aquel pronunciamiento, y Juárez vuelve á su Estado después de haber asistido á las sesiones de aquel Congreso que restableció si bien modificándolos, algunos de los artículos de la Constitución de 24.

Llega á Oaxaca Juárez, y después de un movimiento revolucionario que estalla en Octubre, la Legislatura local vuelve á emprender sus trabajos. Presenta su renuncia de Gobernador del Estado D. José Simón Arteaga, y es nombrado entonces por dicha Legislatura, el Sr. Juárez en quien había observado ya las altas virtudes del hombre, su honradez y enérgica constancia, para un período que comenzando en Noviembre del 47 terminaría en Agosto de 52.

Al encargarse Juárez del poder Constitucional de Oaxaca, la invasión americana había llegado á la Capital de la República, y fué su primer cuidado auxiliar en aquellos luctuosos momentos al Gobierno Nacional, preparándose de tal modo para defender el territorio oaxaqueño. Así se le vió incansable en el desempeño de sus deberes patrióticos, como sin darse un punto de tregua, levanta tropas, establece una maestranza y hace fabricar cañones y pretrechos de guerra.

Firmados los tratados de paz á principios del 48, el país goza por breve tiempo de tranquilidad. Juárez entretanto como Gobernador había emprendido la organización de su Estado; se atendieron todos los ramos administrativos, creándose algunos y mejorándose los más; se paga el contingente que para el Gobierno Federal se le tenía señalado á Oaxaca; se cubre la lista civil y militar; se amortiza por completo la deuda del Estado, y al separarse del Poder aquel gobernante que empezó á ser modelo, deja en las cajas del Tesoro Público en esos tiempos á que aludimos, de miseria general y de bancarrota, una existencia de cincuenta mil pesos.

Sobreviene luego la dictadura de Santa-Anna, y éste que abrigaba un profundo rencor contra todos aquellos hombres que no se habían plegado ante su ambición y orgullo, encuentra al ex-Gobernador de Oaxaca retirado á la vida privada, enidando sólo de la Dirección del Instituto del Estado y ejerciendo su profesión de abogado.

En Abril de 53 entra Santa Anna á México, y á fines de Mayo, Juárez que se hallaba en Etlá, población cercana á Oaxaca, por exigencias profesionales, es encarcelado de un modo violento y de allí llevado á Puebla, de donde es confinado á Xalapa. Ordénasele, después, que se traslade á Huamantla; mas al llegar de nuevo á Puebla, es hecho prisionero por un hijo del Dictador quien lo conduce á Veracruz, sepultándolo en los calabozos de San Juan de

Ulúa. Cuatro días después era embarcado, en un paquete inglés que lo condujo á la Habana. De allí pasó Juárez á Nueva Orleans donde vivió con el producto de su trabajo personal, residiendo en el barrio más pobre de la ciudad.

Dos años y dos meses permaneció en el amargo destierro el Sr. Juárez, al cabo de ellos é iniciada en el Sur de la República la gloriosa revolución de Ayutla encabezada por el General Alvarez, Juárez salió de Nueva Orleans, dirigiéndose por la vía de Panamá hasta Acapulco para reunirse con el Jefe de la revolución, á quien siguió á Iguala donde fué nombrado Consejero de Estado y poco despues Ministro de Justicia y Negocios Eclesiásticos, en el Gobierno del mismo Sr. Alvarez.

El 22 de Noviembre de 55 con su carácter de Ministro, el Sr. Juárez promulgaba su primera Ley sobre Administración de Justicia, Ley que suprimía los tribunales especiales, los fueros y los privilegios del clero y del Ejército, arrasando por tal modo las preeminencias de las clases privilegiadas en favor de la igualdad de la ley á que tienen derecho todos los ciudadanos.

A la sazón que dicha ley se expedía la discordia se enciende de nuevo en el país. El General Alvarez abandona el cargo de Presidente nombrando en su lugar al General Comonfort. Los Ministros del Gabinete del General Alvarez abandonan á su vez las carteras y Juárez marcha á Oaxaca nombrado Gobernador por Comonfort.

Al hacerse cargo por segunda vez del Gobierno de su Estado, el Sr. Juárez, restablece el Instituto de Ciencias y Artes, organiza la Hacienda Pública y la Administración de Justicia, la Legislatura del Estado desarrolla el Poder Municipal, establece la elección directa que más tarde iniciaría Juárez como reforma constitucional para la de Presidente y sanciona los Códigos Civil y Penal del Estado. Dos veces se altera el orden en su Entidad, y las dos veces su Gobierno logra sofocar los movimientos.

Y.....la lucha entretanto seguía en el país, dividiendo a la Nación en dos grandes partidos.

En medio de tal estado, iba á funcionar el célebre Congreso Constituyente de 57, y apareció entonces la Carta Magna de nuestras libertades, que fué la bandera del integérrimo Partido Liberal.

Signiéndole el ejemplo de aquella agrupación, las Legislaturas de los Estados expedieron las particulares de cada uno, y Juárez promulgó la de Oaxaca, sancionando en ella los derechos del hombre.

Verificadas las elecciones generales, resultó electo el General Comonfort para Presidente, y Juárez que al mismo tiempo lo era para Gobernador de Oaxaca, fué llamado por Comonfort encargándose de la cartera de Gobernación, no obstante habersele designado en las mismas elecciones para Presidente de la Suprema Corte de Justicia.

En este período de la historia, sobreviene

la disolución del Congreso Constituyente por el golpe de Estado de Comonfort, la prisión de Juárez, y la proclama del General Zuloaga encabezando un nuevo retrógado Plan Político, del que protestó la Representación Nacional ya disuelta, pero que fué aceptado públicamente por Comonfort.

Surge el pronunciamiento de las fuerzas acuarteladas en Santo Domingo y la Ciudadela, desconociendo á Comonfort; este hace entrega del Gobierno al Sr. Juárez con su carácter de Presidente de la Suprema Corte de Justicia, quien ocultamente tiene que salir luego para el interior de la República donde las fuerzas de los Estados coaligados, sostenían la causa de la Constitución, violada por el débil Comonfort.

El 19 de Enero de 58, Juárez había establecido su Gobierno en la Ciudad de Guanajuato.

Las circunstancias de la campaña emprendida contra la reacción, obligan á Juárez á dejar á Guanajuato, y el 15 de Febrero hace su entrada en Guadalajara donde á poco se supo la noticia de la derrota del Ejército constitucional ocurrida en Salamanca. Minada en parte la guarnición existente en Guadalajara, al registrarse aquella derrota, el Teniente Coronel Landa, del 5 de infantería, se pronuncia. La tropa que daba guardia al Sr. Presidente hace preso á éste y á sus Ministros, reteniéndolos en el mismo Palacio donde estaban alojados y Juárez es amagado de muerte.

El oficial que mandaba la guardia, de nombre Pedraza, al ver acercarse una columna de Guardia Nacional á las órdenes del Coronel D. Miguel Cruz Aedo, hace entrar á la guardia al aposento en que se encontraba el Sr. Juárez con sus Ministros y dá la orden de preparar los fusiles y de hacer blanco sobre aquel grupo. En aquellos supremos instantes, el Sr. Juárez abre la puerta del aposento en que se hallaba ofreciéndose impertérrito al sacrificio; D. Guillermo Prieto lanza su palabra arrebatadora sobre los que estaban á punto de acabar con la vida del Sr. Presidente y á esta circunstancia debióse la salvación de todos. Nuevas circunstancias vinieron á determinar que el Sr. Juárez quedase libre, y con algunos elementos en la Capital de Jalisco.

Próximo á llegar á Guadalajara el General reaccionario Osollo vencedor de Salamanca, se opinó que el Gobierno de la República se encaminara á Colima. Hízose así; mas apenas se había rendido la primera jornada en Santa Anna de Acatlán, cuando se presenta en aquel punto el ya conocido Landa, sin que por fortuna se decidiera á asaltar la casa en que estaba hospedado el Sr. Juárez. Debemos hacer constar que en aquella ocasión y en vista del peligro que amenazaba al Sr. Presidente y á sus Ministros, aquel les propuso lo entregaran á él sólo al enemigo, salvándose así ellos. Oferta generosa que no fué aceptada por ninguno.

Llegado á Colima el Gobierno, y sabedor el Sr. Juárez, que había capitulado en Guada-

lajara á la llegada de Osollo el Gral. Constitucionalista D. Anastacio Parrodi, nombra Ministro de Guerra y Marina á Don Santos Degollado, y le da el mando en Jefe del Ejército federal con facultades para seguir la campaña en los Estados de Occidente y Sur, mientras el Gobierno marcharía á Veracruz. En 14 de Abril se embarcó el Sr. Juárez en el Manzanillo con su Gabinete. A los siete días de viaje llegó á Panamá, atravesó el Istmo, se embarcó en Colón para la Habana, de donde siguió á Nueva Orleans y de allí á Veracruz.

Al instalarse en 5 de Mayo de 58 el Gobierno en aquel puerto, Juárez no contaba más que con la ayuda del eminente Gral. D. Manuel Gutiérrez Zamora, Gobernador de aquel Estado, y con los esfuerzos de la opinión pública; pues el Ejército Federal había sido destruido, y Osollo después de una larga serie de triunfos, había dividido sus fuerzas en cuatro grandes divisiones á fin de someter á los Estados de la República al poder de la reacción.

Asciende al Poder Miramón, nombrado por la Junta de representantes á que hubo convocado D. Manuel Robles Pezuela, quien secundó el plan que había servido al movimiento de Ayutla, desconociendo al titulado Presidente Zuloaga; renuncia al puesto Miramón, reponiendo en él al mismo Zuloaga y éste en pago le confía el mando en Jefe de todas las tropas de la reacción, decidiéndose entonces Miramón á atacar á Veracruz; ataque que iniciado, hubo de suspenderse porque tropas de Degollado

amenazaban la Capital de la República, á donde el General reaccionario violentamente contramarcha, encontrándose con que el General Degollado que estaba en Tacubaya era derrotado por el reaccionario Márquez. Mientras esto pasaba, el Gobierno de Juárez se apresura á dictar las Leyes tan ansiadas de Reforma, las que darian nombre imperecedero al personal del Ejecutivo Federal y á la guerra de aquella época.

El momento era supremo y Juárez con el angusto convencimiento de su altísima misión, sanciona y expide aquellas Leyes, los días 12 y 13 de Julio de 59.

El clero se ve rudamente atacado por ellas, hace un último esfuerzo y aviva la guerra; mas el Partido Liberal que las toma como la definición de su programa, se apresura también á defenderlas y la guerra se encarniza.

Miramón se dispone á atacar por segunda vez á Veracruz, y por segunda vez vuelve á retirarse del campo sin lograr su objeto; en tanto que en los Estados del interior se entroniza la lucha. Sin embargo, la faz de la campaña empezaba á cambiar, las principales ciudades habían vuelto al orden constitucional, y Miramón se debilitaba. Sobreviene la memorable acción de Calpulápan el 22 de Diciembre del 60, las armas constitucionales se cubren de gloria, al mando del General González Ortega que derrota completamente á Miramón y pocos días después el Gobierno del Sr. Juárez entra triunfante á la capital de la República, conclu-

yendo así aquel período sangriento de nuestra historia en que la entereza y el patriotismo del sublime indio de Guelatao había salvado nuestras instituciones completando la gloriosa Constitución de 57 con las inmortales Leyes de Reforma.

La causa liberal había triunfado y el Gobierno dió principio á la reorganización de los Poderes Públicos.

Se suceden las elecciones generales convocadas desde Veracruz, y el pueblo en masa vota para Presidente al Sr. Juárez, quien abre el segundo Congreso Constitucional.

Sin embargo, una tenaz oposición se levantó en el seno de la Cámara enfrentándose á Juárez; y por otra parte el partido conservador, alma de la reacción, arrasado por la opinión y deshecho en los campos de batalla, gestaba la traición contra la Patria agitando en los Gabinetes de Madrid y de Paris, la idea de hacer venir á México una armada intervención extranjera para implantar una Monarquía. Ya dijimos que esto no era nuevo, pues hay que agregar que el proyecto de establecer en el país esa Monarquía se esbozó antes de proclamarse el plan de Iguala.

En tales circunstancias buscábase un pretexto para dar cima al descabellado propósito, y ese pretexto no tardó en ofrecerse á la reacción y á los grandes de Europa que explotaban sus pasiones funestas.

Las exigencias de aquellos días, hacen que el Ejecutivo proponga su ley de 17 de Junio de

61 por la que se sancionaba la suspensión por dos años de los pagos de la deuda extranjera, acordados en documentos diplomáticos, y fué entonces por eso cuando las principales potencias de Europa se deciden á mandar un Ejército de ocupación y con él los propósitos ambiciosos de Francia de fundar en México un Imperio. Y las naves de tres naciones pueblan nuestros mares levantando la bandera de guerra.

En 18 de Diciembre de 61 fondeaba en Veracruz la escuadra española y á principios de Enero del año siguiente las de Francia é Inglaterra.

El 17 de Diciembre es decir un mes antes, Juárez anunciaba oficialmente el nuevo tremendo conflicto en que iba á entrar el país.

Se entablan las negociaciones con los representantes de las tres potencias invasoras; se acuerdan los tratados de arreglo de la Soledad y surge la violación de éstos, las fuerzas de Inglaterra y de España volviendo sobre sus pasos se retiran del país, y queda solamente Francia asumiendo la monstruosidad de aquella odiosa intervención. Por aquellos días Juárez, alma de la Patria habíase preparado para afrontar la guerra sin darse un punto de descanso en sus labores. Nombra al General Ignacio Zaragoza Secretario de Guerra y Marina y declara traidores á los que presten auxilios á los invasores ó permanezcan en los puntos ocupados por ellos, y la voz del Sr. Presi-

dente, repercutiendo en los Estados, los mueve y hace que en ellos se recluten tropas.

El primero de Mayo declara el Gobierno constitucional rotas las hostilidades y el General Zaragoza que sabía los movimientos del Ejército francés se replega á las cumbres de Acultzingo y tiene allí efecto el primer formal combate con él. El día 3 de Mayo en marcha de retirada, Zaragoza llega á la ciudad de Puebla con el aguerrido Ejército de Oriente, y dos días más tarde el glorioso 5 de Mayo, inflige á los franceses la memorable derrota frente á los muros de la ciudad heroica.

Después de esa trascendental victoria, la lucha se prosigue llevando á su frente la bandera que sostenía incólume la diestra del Gran Reformador.

Muerto desgraciadamente el General Zaragoza pocos meses después, el vencedor de Calpulápan se hace cargo del mando del Ejército nacional.

Vuelve á ser asediada la plaza de Puebla con mayores y mejores elementos por el General Forey sustituto del General Laurencez auxiliado por los traidores encabezados por Márquez, y por fin, después de un sitio de cincuenta y seis días, se ve obligado á capitular el General González Ortega el 17 de Mayo de 63, siendo esa capitulación por las circunstancias en que se efectuó motivo de noble orgullo para los defensores de la plaza. El 31 del mismo mes el Gobierno Constitucional en vista de que otras tropas suyas por otra parte habían su-

frido también la derrota de San Lorenzo, deja la Ciudad de México y se traslada á Querétaro, donde permanece un día, siguiendo para San Luis Potosí á cuya ciudad llega el 10 de Junio. Las batallas campañas del Supremo Magistrado comenzaban otra vez.

Mientras el Gobierno entraba á San Luis, los franceses tomaban la Capital de la República, estableciéndose en ella un triunvirato con el nombre de Regencia, la que nombró una comisión que fuese á ofrecer la corona de un Imperio al Archiduque de Austria. En 20 de Diciembre Juárez se traslada de San Luis debido á los azares de la lucha, pues el General Mejía marchaba sobre aquella plaza en que sin éxito fué batido por el General republicano Negrete, encaminándose el Gobierno á Saltillo, á donde llegó el 9 de Enero de 64.

Viendo Juárez que D. Santiago Vidaurri, Gobernador de Nuevo León se negaba á poner á su disposición las rentas federales de las Aduanas Fronterizas y las de Matamoros y Tampico, y queriendo más que todo evitar una grave disensión, pasa á Monterrey donde Vidaurri lo desconoce. Regresa á Saltillo, y declara traidor á aquel jefe rebelde que se puso en comunicación con el enemigo. Vidaurri huye de Monterrey, perseguido, y Juárez vuelve á la ciudad estableciendo en ella su Gobierno.

Maximiliano acepta el trono en 8 de Abril de 64, llega á Verracruz el 29 de Mayo, haciendo su entrada á México el 12 de Junio.

Hasta el 15 de Agosto permaneció Juárez

en Monterrey y ante el avance del enemigo dejó la ciudad. En los momentos en que el Gobierno salía, el Coronel Quiroga, uno de los Tenientes de Vidaurri desconoce al Sr. Presidente y lo hostiliza con su caballería. El Sr. Juárez pernocta en Santa Catarina, de donde sigue su marcha para Chihuahua á donde llegó el 12 de Octubre.

Y la guerra entre tanto continuaba... Por todas partes se peleaba, y las derrotas se sucedían. Los núcleos de las tropas liberales á poco, casi habían desaparecido; pero la voz alentadora de Juárez sostenía sin embargo, innumerables guerrillas que á duras penas mantenían la desigual constante lucha.

Así las cosas, era preciso y así lo consideraba el partido enemigo, acabar con el núcleo de resistencia que Juárez representaba en Chihuahua, y en el primer tercio de 65 se enviaron tropas francesas hasta aquella ciudad, de la que salió el Sr. Presidente dirigiéndose á Paso del Norte, para sostener allí como un último refugio, la soberanía del territorio, pues que el inquebrantable propósito del integerrimo Magistrado era no abandonarlo, como jamás lo abandonó un sólo instante.

Y el incendio no era apagado por las columnas expedicionarias de franceses y sus auxiliares mexicanos al servicio del llamado imperio, y la reacción en aquellos críticos momentos se empezó á acentuar y las guerrillas republicanas engrosaban sus filas y formaban Brigadas, y nuevamente toma un serio carácter

ter la ruda contienda con la organización de tropas por Porfirio Díaz en Oriente, Régules en el centro del país, Ramón Corona en los Estados occidentales, y al fin, Escobedo en la parte Norte de la frontera.

Mientras tanto la cuestión diplomática entre los Estados Unidos que no reconocían en México más autoridad que la legítima que representaba el Sr. Juárez, la cuestión diplomática de aquella República y Francia, tomaba cada vez una forma más hostil, hasta que dicha República obtuvo el ofrecimiento de Napoleón, de que retiraría sus fuerzas del territorio mexicano, abandonando á su suerte al Emperador austriaco, quien no cuidaba de organizar por su parte ningún ejército para el evento de ser abandonado por Napoleón III. A fin de abreviar á principios de 66 el trabajo de concentración de fuerzas francesas, el Gral. Bazaine había marchado al interior, mientras se replegaban hácia México las tropas intervencionistas más lejanas.

Esta circunstancia permitió al Gobierno constitucional avanzar de Paso del Norte, para volver á Chihuahua, donde se estableció el 17 de Junio de ese año.

En Septiembre de 66 y en Sinaloa, sólo Mazatlán estaba en poder de los franceses. En Sonora triunfaban Angel Martínez y Pesqueira, derrotando á los imperialistas; en Michoacán se mantenía la guerra, y se encendía en Jalisco; Guerrero, salvo Acapulco estaba en poder de Alvarez; García de la Cadena ocupaba im-

portantes lugares en Zacatecas; el General Diaz en Oaxaca ejecutaba operaciones amenazadoras, y por último en la frontera Escobedo alcanzaba memorables triunfos sobre la intervención.

A la sazón Márquez y Miramón que habían sido enviados al extranjero, desembarcaban en Veracruz. Bazaine, convencido de que Maximiliano no abdicaría, sino que se quedaría en el país para sostenerse con elementos que le habían ofrecido los conservadores, le retiró toda ayuda. Lanza en 1.º de Diciembre su proclama el Emperador declarando que estaba resuelto á permanecer en su puesto á todo trance y en 13 del mismo mes dispone que se formen tres cuerpos de Ejército mandados por sus Tenientes Miramón, Márquez y Mejía.

En tal Estado, las fuerzas republicanas iban invadiendo los puntos desocupados por los franceses, siendo impotentes las imperiales mexicanas y de filibusteros formadas con festinación, para contener su avance.

En Enero de 67 se concluye la concentración de las tropas francesas.

Miramón en tanto marcha sobre Zacatecas á donde acaba de llegar el Gobierno Constitucional, y el 27 del propio mes de Enero toma la ciudad.

El 11 de Marzo sale del país el último francés, y el Imperio para esa fecha sólo contaba con las plazas de Querétaro, Puebla, México y Veracruz.

Maximiliano quedaba sólo al frente de un

reducido cuerpo de aventureros asalariados y de mexicanos reclutados á viva fuerza.

Tras de innumerables descalabros sufridos, las tropas imperialistas se iban concentrando; Maximiliano marcha á ocupar á Querétaro y el Gobierno constitucional cuyo representante permanecía irreductible, se instala en la ciudad de San Luis.

El Sr. General Díaz que casi sitia al mi tiempo las plazas de Puebla, de Querétaro y de Veracruz, rompe las hostilidades frente á la primera en 9 de Marzo, y el 2 de Abril realiza la toma de la ciudad, asestando con ello el primer golpe de muerte al Imperio. Corre en seguida el General Díaz á poner sitio á la plaza de México, adelantándose á Márquez que es derrotado el 11 del mismo mes de Abril y mientras esto pasa, Escobedo que asediaba con Corona y Régules á Querétaro, tras de reñidos y sangrientos combates, recibe la espada del Archiduque, que se entrega prisionero el 15 de Mayo.

En 21 de Junio, la guarnición que defendía á México, se rendía á su vez á discreción, y el General Díaz entraba triunfante. A la toma de México, sucedió la de Veracruz y Campeche, cerrándose con ello la etapa gloriosamente heroica de aquella guerra, en medio de la cual, Juárez, personificación augusta de la Patria, supo en grado excelso mantener incólume la soberanía y la independencia nacional, velando por la libertad, por la Reforma y por la democracia.

El día 15 de Julio, el Gobierno constitucional hacía su entrada á México, enarbolando sobre el Palacio de nuestros mayores, la enseña sacrosanta de la Patria.

El Gobierno iba á empezar la reorganización de sus trabajos, restableciendo el orden constitucional.

En Agosto de 67 se lanza la convocatoria á elecciones generales, sometiendo en esa ley al voto directo de los pueblos algunas reformas constitucionales. Algunos hombres del partido liberal protestaron de aquella iniciativa reformatoria á que se alude y la oposición así comenzó en el seno del Congreso entre los no satisfechos al abrir sus sesiones.

Verificadas las elecciones y electo por unanimidad el Sr. Juárez para un nuevo período, al prestar la protesta de ley ante la Cámara, anunció que aunque podía seguir ejerciendo las facultades extraordinarias de que se hallaba investido, las entregaba desde aquel instante á los delegados del pueblo.

Durante ese nuevo período, el Gobierno reorganizó los Tribunales, cubrió las vacantes de los empleados, rehabilitó á los que por causa agena habían permanecido en los puntos ocupados por el enemigo, reorganizó la Hacienda y la Instrucción Pública dividiéndola en primaria, preparatoria y profesional, creó escuelas y en general, atendió con toda eficacia á los ramos varios de la cosa pública.

Sin embargo, la convocatoria de 14 de Agosto había levantado ya una oposición, y al

grupo que atacaba al Gobierno, de buena fé, vinieron á agregarse otros elementos. La oposición en la Cámara crece sordamente, el órden público empieza á alterarse, la revolución amenaza echarse sobre el país, y el Gobierno entonces demanda y obtiene facultades extraordinarias, logrando conjurar momentáneamente el peligro que se cernía sobre la República.

Se aproximan las nuevas elecciones en tanto; y un año antes de que estas se hayan de verificar, los partidos políticos empiezan á agitarse.

Los partidarios de Juárez triunfan una vez más en los comicios; toma posesión de la Presidencia el Señor Juárez el 1.º de Diciembre de 1871 y la rebelión estalla.....

Ocupábase el Gobierno en combatir á aquella y lo hacía victoriosamente, cuando la muerte agitándose sobre la cabeza del Supremo Magistrado descarga sobre ella su golpe fatal. En la madrugada del 18 de Julio de 1872 el Sr. Juárez se sintió presa de un dolor en el corazón y á las once y minutos de la noche cerraba para siempre sus ojos á la luz de la vida.

Así el grande que no pudieron quebrantar las más tremendas tempestades; que combatió y venció al Pasado, que sostuvo la Constitución, que implantó la Reforma, que se enfrentó contra tres potencias invasoras, potencias las más poderosas en aquel entonces, y que sin elementos, mantuvo la guerra contra el Ejército francés; que derrocó al Imperio de Maximiliano, salvando la Independencia y el Honor de la

Patria, haciendo que la Justicia Nacional se cumpliera sobre la cabeza del príncipe con que Napoleón III intentó ensayar la Monarquía en esta República; aquel grande entre los grandes de nuestra Historia, así sucumbió, entregando á la tierra su tributo, solo vencido por la Naturaleza, y nunca por las catástrofes humanas.

Juárez, por tal motivo, al ser contemplado en los horizontes de la Historia aparece como un semi-dios. Apóstol de la Buena Nueva, lucha por ella y hace triunfar al Ideal. Representación de un pueblo, asegura su independencia, lo enaltece haciéndolo respetable entre todos los pueblos de la tierra, y deja su nombre como un ejemplo, como un símbolo para todos los amantes de la democracia, del progreso y de la libertad.

Y es por esto que su gloria revistió carácter americano y esplende con destellos purísimos sobre el universo entero.

Manuel Barrero Argüelles.





U A N

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

F12
.J8
C6
190